

VIDA CONSAGRADA

LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

(H. Umbelina del Barrio. Encuentro de jóvenes perpetuas 1998)

INTRODUCCIÓN

I.- LA FÓRMULA DE LA PROFESIÓN:

I. 1. YO HAGO PROFESIÓN Y PROMETO

I. 2. OBEDIENCIA A DIOS

I. 3. LAS MEDIACIONES NECESARIAS

- Iglesia
- Congregación
- Comunidad: Superiores.

II. CONSAGRACIÓN RELIGIOSA

1.- LA VOZ DEL MAGISTERIO

2.- CONFIGURACIÓN REAL CON CRISTO-VIRGEN-POBRE-OBEDIENTE

3.- CONSAGRACIÓN DE TODA LA PERSONA

III. LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

III. 1. LOS VOTOS COMO LIBERACIÓN

- . Alcanzadas por Jesucristo
- . Experiencia comunitaria de fe
- . El voto, don de la persona
- . Entrega a Cristo para el Reino que ÉL debe devolver al Padre

III. 2. LA OBEDIENCIA

INTRODUCCIÓN.

- 1- La obediencia de Jesús el Enviado.
- 2- Obediencia, comunidad y misión.

- 3- Discernimiento comunitario.
- 4- Obediencia según Nuestras Leyes
- 5- Actitudes para vivir la obediencia.
- 6- El Sí de María (N.L. 1,II).

III. 3. LA CASTIDAD

INTRODUCCIÓN.

- 1- La doctrina y ejemplo de Cristo.
- 2- Entrega libre y consciente. Un corazón no dividido.
- 3- La castidad apostólica.
- 4- Actitudes para vivir la castidad según Nuestras Leyes.

III. 4. LA POBREZA

INTRODUCCIÓN

- 1- La vida religiosa y el voto de pobreza.
- 2- Los pobres en el mundo de hoy.
- 3- La pobreza apostólica:
 - . Vivir para Cristo y para los otros.
 - . Gratuidad apostólica.
 - . Compartir la vida de los pobres.
 - . El servicio a los pobres.
- 4- Actitudes de la pobreza según Nuestras Leyes (nn. 36-37).

IV. UN TESTIMONIO PROFÉTICO ANTE LOS GRANDES RETOS

I.- IMPLICACION DE LA FÓRMULA DE LA PROFESIÓN

YO, HERMANA....., invocando la protección de la Virgen María, de Santo Domingo y del Beato Francisco Coll, ante la comunidad aquí reunida, **HAGO PROFESIÓN** en tus manos **Y PROMETO A DIOS, Y A TI HERMANA**, Priora General de las Hermanas Dominicas de la Anunciata, y tus sucesoras,....**OBEDIENCIA, CASTIDAD Y POBREZA**, según la Regla de San Agustín y las Leyes de Nuestra Congregación.

Que el Señor me conceda la gracia de serle siempre fiel.

La fórmula de nuestra profesión, como se puede observar, está compuesta de tres partes:

- Yo me comprometo-*HAGO PROFESIÓN*.
- ... *Y PROMETO A DIOS* (base teológica esencial sobre la que asiento mi opción de vida).
- *Y A TI HERMANA* (las mediaciones esenciales a través de las cuales voy a vivir y a realizar mi compromiso).
- **OBEDIENCIA, CASTIDAD Y POBREZA**. Contenido de la profesión

I. 1. YO HAGO PROFESIÓN Y PROMETO

Toda vocación cristiana, la mía también, tiene una dinámica interpersonal: **Dios que llama e interpela y la persona a la cual se le pide una respuesta**. Por tanto, la llamada que hace Dios a cada uno siempre exige una respuesta personal, inconfundible e ineludible. Los procesos son diferentes en cada llamado. Cada persona tiene su propio momento de inquietud y de inspiración y, además su propio desarrollo vocacional. Son muchas las cosas y

el tiempo que pasa desde que la persona se siente inquieta, hasta que discierne el contenido de esa inquietud y la acoge en un Sí lleno de riesgos y esperanza.

Si reflexionamos (Gn. 12, 1-4; Is. 6, 1-13; Jr. 1,4-19; Luc. 1,26-37; Jn 15, 1-27) sobre los grandes relatos vocacionales de la Escritura, podemos ver cómo este proceso *de llamada de Dios-respuesta del hombre*, siempre está presente en todos ellos. Ni Abraham, ni Isaias, ni David, ni Jeremías, ni María, ni Pablo, tienen la iniciativa. Siempre es iniciativa de Dios en orden a la edificación del Reino, y es respuesta, adhesión del hombre y la mujer al proyecto salvífico de Dios desde una consagración personal. El Señor es quien sale al encuentro del hombre, le propone realizar un servicio concreto a favor de todo el género humano, y espera su respuesta.

En nuestro caso, optamos libremente por el seguimiento de Cristo dentro de la Orden de Predicadores y de la Congregación de Dominicas de la Anunciata, y por tanto, dentro de un compromiso evangélico concreto, con unas características muy bien definidas, que nos comprometen. Esta opción es mía y sólo mía. **Soy yo la que responde ante Dios, que me llama.** Por tanto, soy la primera responsable e interesada en la vivencia fiel de mi vocación. “ La Hermana es la primera responsable de su formación” (cf. : N.L. 145). No he de esperar a que nadie la viva por mí.

Yo..., ante Dios, ante la comunidad reunida, ante la Iglesia y el mundo, declaro públicamente que acepto el proyecto del Señor sobre mí. Que quiero seguir a Cristo libremente en una entrega incondicional y abierta a lo inesperado. Acepto mis miedos y mediocridades, pero también reconozco mis dones y los pongo al servicio del Reino de Dios.

Hacer profesión significa que:

- He aceptado la llamada de Dios sobre mi vida y que he dialogado con ÉL en la oración, la reflexión, la búsqueda, los silencios y las noches oscuras, en los sufrimientos y las contradicciones.
- Me he ilusionado con el Carisma de la Predicación, tal como le fue confiado a Santo Domingo y al P. Coll, para la edificación del Reino de Dios y que yo quiero ser, junto con las otras hermanas

que también han sido convocadas por el mismo Espíritu, una persona evangélica que, a partir de una profunda experiencia de Dios, en el seguimiento radical de Cristo, *anuncie y testimonie la salvación que Dios ofrece a todos* por medio de su Hijo.

- Que me he enamorado y que quiero vivir en plenitud ese amor y comunicarlo, un amor que brota de Dios mismo, que es AMOR.
- Dar un SÍ al Dios vivo que ha confiado en mí para dar continuidad en la Iglesia a la intuición original y audaz de Santo Domingo y del P. Coll.
- Una vez dado el SÍ a Dios, *este SÍ ha de permanecer siempre SÍ*, a pesar de las contradicciones, de las pruebas, de las situaciones concretas de la vida. Porque es una respuesta al Dios fiel.

Hacer profesión supone:

- Aceptar la fragilidad humana, para integrarla en la fuerza salvadora de Dios.
- Colocarse a la intemperie, abrirse a la provisionalidad, a la itinerancia, para vivir una aventura evangélica que, en medio de luces y sombras, está llamada a transfigurarme, para identificarme con Cristo.
- Aceptar la acción del Espíritu de Dios sobre mí que transforma mi historia personal en una historia salvífica. Así mismo, ese mismo Espíritu me convierte en animadora de nuevas historias de Salvación.

El que YO HAGA PROFESIÓN y opte por la Vida dominicana en la Anunciata me exige la entrega incondicional de la vida, en lo grande y en lo pequeño, la fidelidad al seguimiento de Cristo, como único punto de referencia. *Es un pacto, una alianza, un consentimiento entre ÉL y yo.*

Hacer profesión en nuestra Congregación significa, insisto, entregar toda la vida al servicio del Anuncio del Evangelio desde nuestro Carisma. Esta profesión no se hace una vez en un mero acto simbólico, sino que se hace de una vez para siempre, en una *dinámica de perenne conversión y renovación.*

No he de esperar a que las otras actúen o sean fieles para que yo sea fiel. Cada día ha de significar un *crecimiento constante de fidelidad* al compromiso contraído con Dios y con la Iglesia, *una renovación alegre, ilusionada y valiente*, como la del primer día. Me va en ello la vida y mi felicidad.

I. 2. OBEDIENCIA A DIOS

Libremente, acepto el proyecto salvador de Dios Padre, que ha sido revelado por el Hijo y que, por el Bautismo ha comenzado a hacerse realidad en mi bajo el impulso del Espíritu Santo.

Mi actitud hacia Dios, en virtud de mi seguimiento de Cristo, es de total adhesión a ÉL y a lo que pide de mí. Dios es la fuente, la causa, la razón y el motivo por el cual soy Dominicana. Mi vocación tiene una raíz teológica. Lo primero para lo que nos hemos reunido es para vivir unidas en caridad *“Las hermanas al abrazar la vida religiosa nos reunimos en una misma casa sobre todo para vivir unidas en caridad, teniendo una sola alma y un solo corazón en Dios”*, (cf. N.L. 2).

Pero el Dios al que nos referimos es un Dios concreto, bien definido, aunque infinito en su misterio. Es el Dios de Jesucristo. La Vida Dominicana, que tiene como fuente la Vida Cristiana, no es otra cosa que penetrar ese misterio, contemplarlo, experimentarlo, vivirlo y adquirirlo, en la radicalidad de una opción por éste Dios, y en ello consiste nuestra opción radical por Cristo.

Ahora bien, ¿qué significa obedecer a Dios?

Todos los bautizados estamos llamados a la santidad, a adquirir, bajo el impulso del espíritu Santo, una *“existencia cristiforme”* que nos haga participar del proyecto salvador del Padre. La fuente de santidad es el misterio de Dios que se da gratuitamente y se revela en Jesucristo. ***La santidad consiste, pues, en entrar en la dinámica del amor de Dios bajo el aliento del Espíritu Santo, viviendo la filiación que nos ha otorgado el Padre por el Hijo.*** Por el bautismo entramos a formar parte de la vida divina, según lo cual, la Santidad consiste en que esa vida se desarrolle y crezca hasta alcanzar su plenitud en la

total inmersión del creyente en el misterio de Dios.

El fruto más precioso de la santidad de Dios es la Caridad. La Caridad es el don por el cual somos revestidos del amor de Dios y somos dotados de la capacidad de amar como Dios ama. De manera que, el amor hacia Dios y hacia el prójimo es la característica distintiva del discípulo de Cristo. **La Caridad es la fuente que alimenta el seguimiento en radicalidad del Resucitado.**

Utilizando la terminología del Evangelio y las Cartas de San Juan la Caridad es el vínculo que crea la comunión de cada hombre y mujer con Dios y, gracias a Dios, es decir, a causa de Dios, la comunión de todos los hombres y mujeres entre sí. Jesús nos convoca y reúne en comunión para ser testigos inconfundibles del reino de Dios, lo cual solo es posible, por la vivencia sin restricciones, del mandamiento del amor. Sólo el amor, el ágape, nos señala como verdaderos discípulos de Jesucristo. El amor manifiesta y examina la credibilidad de nuestra fe y la fuerza de nuestra esperanza. La perfección cristiana consiste en la caridad.

Según esto, las religiosas dominicas somos cristianas que, rechazando toda atadura, nos entregamos al servicio de la santidad de Dios ofrecida a todos.

Santo Tomás de Aquino dice que la perfección consiste en vivir la Caridad. Los Consejos Evangélicos son los medios para lograr la perfección. Y eso es lo que hacemos prometiendo obediencia. **La obediencia prometida a Dios implica de tal modo a toda la persona y la adentra con tal fuerza en su intimidad y en su misterio, que lo abarca todo y todo lo penetra.** Por eso, prometo obediencia a Dios y esto significa entrega y donación total al Dios que se ha entregado y se ha dado todo por mí. Esa promesa de obediencia tiene un alcance universal y me implica totalmente.

Obedecer a Dios significa ponerse en total referencia a EL, como Jesús. El seguimiento de Cristo significa adquirir una **referencia teológica** exclusiva. **Dios como fuente, Dios como fin, Jesucristo como camino y el Espíritu Santo como dinámica.** Esto significa entrar en un proceso de configuración con Cristo, de penetración activa en el misterio de Dios que es amor.

La Vida Dominicana es siempre manifestación visible del seguimiento de Cristo, reconociéndose que el primer signo apostólico de nuestra vida es el testimonio de nuestra opción por Dios.

I. 3. LAS MEDIACIONES ESENCIALES

Las mediaciones esenciales son tres:

- La Iglesia (señalada por la Regla de San Agustín)
- La Congregación (señalada por las Constituciones)
- Las Hermanas (representadas por la comunidad y las Superiores).

Vamos a profundizar un poco más en el contenido de nuestra consagración y en las dimensiones que tiene dentro de la Iglesia.

MARÍA, MODELO DE CONSAGRACIÓN PARA LA DOMINICA DE LA ANUNCIATA. “Hágase en mi según tu Palabra” (Lc 1, 38).

La Orden de Predicadores y nuestra Congregación, desde sus comienzos, han tenido en la Madre de Jesús un modelo de referencia importante. Ya desde la profesión nos acogemos especialmente a su protección y amparo.

María es el modelo de mujer creyente. Modelo también de la persona que acoge el proyecto de Dios y se adhiere a él incondicionalmente, aún sin saber su alcance. María es la mujer que contradijo en NO de Eva y que en su SÍ, abierto a lo inesperado del don de Dios, engendró la Palabra y la comunicó a toda la creación. Pero María, también, hubo de aprender a creer en Jesús. Tuvo su propio proceso creyente. Ella se abre confiada al misterio, pero ha de ir descubriéndolo y valorando su alcance.

En este doble sentido, la figura de María nos ayuda a entender mejor nuestra consagración. Nuestro SÍ a Dios es, como el de ella, un SÍ que provoca y da comienzo a la acción de la Palabra que es engendrada en nuestro propio ser, haciéndose carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Un SÍ que, en su momento, significará que, a través de nosotras, la Palabra, que no es otra que Dios mismo dado en Jesucristo y en su Espíritu, será comunicada y se hará accesible a muchos hombres y mujeres. Por eso exige de nosotros una adhesión incondicional al proyecto de Dios sobre nuestras vidas y, por otro lado, un proceso creyente que nos afecta existencialmente.

Para nosotras Dominicanas de la Anunciata es fundamental leer y volver a releer el relato de la Anunciación, donde encontramos las claves de la Consagración de María y de nuestra propia consagración. María fue sorprendida por la mirada de Dios que le pedía su cooperación, para que la Promesa de Yahveh se cumpliera.

En dicho relato se ve cómo María no entendía lo que estaba pasando y que se daba cuenta de la magnitud de lo que Dios esperaba de ella, sin percibir todo su alcance. Por eso sus palabras de aceptación del proyecto de Dios son todo un alarde de humildad entrega confiada en ÉL. Y ese SÍ, la convirtió en portadora de la Palabra de Dios por la acción del Espíritu Santo.

El SI de María a Dios es incondicional, sin cálculos. Se trata de una apertura total a lo inesperado. Por un lado, Dios que actúa; por otro, Dios que cuenta con la persona humana; por otra parte, la persona humana que es convocada; y la suma de la voluntad de Dios y del SÍ humano a él es un fruto de Salvación, lleno de vida y perspectivas infinitas. Es una nueva creación.

Nosotras somos mujeres que hemos escuchado la voz del Señor que nos invita a engendrar la Palabra para darla a luz. El SÍ de una dominica, está llamado a permanecer firme y fiel al Dios vivo que la ha escogido personalmente. Nuestro SÍ a Dios es acogida de su voluntad en nosotras y supone colocarnos en el sitio que nos corresponde, dentro de la historia de la Salvación. Siempre estamos llamadas a decir como ella : “hágase en mí”, para que Jesucristo sea engendrado en nosotras (Cf. N.L. 1,II).

II. CONSAGRACIÓN RELIGIOSA

1.- LA VOZ DEL MAGISTERIO

El 23 de mayo de 1964 puede considerarse como una fecha histórica para la comprensión teológica de la vida religiosa. Se acababa de escribir el cap. V de la *Lumen gentium*, sobre *la vocación universal a la santidad*. Este capítulo concluye con el n. 42, en el que ya se hace una explícita referencia a la vida religiosa o, más exactamente, a *los consejos evangélicos*. Muchos padres conciliares se preguntaban, con no poca desorientación, qué más se podría decir de la vida religiosa. Se había descubierto el valor y las exigencias del bautismo y quedaba oscurecida, para muchos, la originalidad y la identidad propia de la vida religiosa. Era fácil llegar, de este modo a una total nivelación de las distintas formas de vida cristiana, confundiendo o diluyendo lo que constituye y define a cada una de ellas. Y hasta se llegó a pensar y a decir con fácil ironía: Ha mejorado tanto la condición eclesial del seglar cristiano que ya no vale la pena ser cristiano-religioso o cristiano-sacerdote. Es cierto que, algunas veces, se había olvidado o no tenido suficientemente en cuenta que la vida cristiana es en sí misma vocación y vida realmente consagrada. Pero este lamentable olvido no justifica el que se caiga ahora en otro tan pernicioso y grave como el anterior, desconociendo que la vida sacerdotal y la vida religiosa son formas tan originales y específicas del ser cristiano, que implican y son una nueva vocación y consagración nueva.

∴ La profesión de los consejos evangélicos se suma a la consagración propia del bautismo, complementándola, por ser una consagración peculiar, pues por ella el fiel se entrega y consagra plenamente a Dios, dedicando su vida únicamente a su servicio.

La consagración es la base de la Vida Religiosa. Al afirmarlo, la Iglesia quiere poner en primer lugar la iniciativa de Dios y la relación transformante con él que implica la Vida Religiosa. *La consagración es una acción divina*. Dios llama a una persona y la separa para dedicársela a sí mismo de modo particular. Al mismo tiempo, da la gracia de responder, de tal manera que la consagración se exprese, por parte del hombre, en una entrega

de sí profunda y libre. **La interrelación resultante es puro don: es una alianza de mutuo amor y fidelidad, de comunión y misión, para gloria de Dios, gozo de la persona consagrada y salvación del mundo.**

2.- SENTIDO DE LA CONSAGRACIÓN (TEOLÓGICO Y TEOLOGAL)

Lo que sigue a continuación puede parecer teórico, pero es fundamental el decirnos y escuchar de nuevo lo que constituye nuestra identidad profunda ¿quiénes somos?. El P. Coll la tenía bien asimilada, cuando respondía: "Porque soy religioso".

La consagración es, una real configuración con Cristo y supone una verdadera transformación interior. La persona humana –único sujeto de esta consagración- queda penetrada por la acción santificadora de Dios e invadida por su gracia. Renovada por dentro, se relaciona con Dios-Trinidad de una manera nueva, de persona a Persona, de tú a Tú, y le es verdaderamente grata y agradable. Así entendida, la consagración religiosa es algo ontológico, porque afecta al ser mismo de la persona, como la gracia santificante, que transforma al hombre por dentro y lo configura con Cristo. Juan Pablo II ha definido al religioso con estas palabras: "El religioso es un hombre *consagrado a Dios* por Jesucristo en el amor del Espíritu Santo. Este es un *dato ontológico* que debe aflorar a la conciencia y orientar la vida" (24 de noviembre de 1978).

La consagración religiosa es *gracia*. Y, por eso, es *acción divina* (cf EE 5) transformadora de la persona en su ser y en su hacer. Toca y renueva lo más íntimo de la persona humana; pero no puede quedarse en el ámbito ontológico, sino que debe convertirse en realidad consciente, capaz de presidir y de orientar toda la vida.

Si la consagración, en sentido teológico-teologal, es estrictamente *personal*, sólo aplicable a la persona, hay que repensar todos los elementos integrantes de la vida religiosa desde la persona y en términos *personales*, para poder seguir hablando de consagración en este sentido. Por ejemplo, el objeto inmediato de los votos no puede ser *algo*, sino *alguien*, no una simple cosa o un simple valor neutro o impersonal, sino una dimensión constitutiva de la persona. De otro modo, la persona en cuanto tal quedaría fuera del ámbito de la consagración en sentido jurídico.

Sólo la *persona*, conviene repetirlo, es sujeto de consagración en sentido propio y formal. Porque sólo ella puede ser introducida realmente en el ámbito de lo Sagrado y de lo Divino, quedar verdaderamente transformada en Dios y divinizada, invadida por la santidad de Dios y convertida en Cristo, sin perder la propia identidad y sin quedar destruida en su realidad creada. Las cosas, propiamente, no pueden entrar formalmente en intimidad con Dios y quedar penetradas por su santidad y por su gracia.

La consagración religiosa es una entrega y consagración *inmediata a Dios*; por eso, tiene un valor y un sentido *teologal*. Propiamente, el religioso no se consagra al culto, al servicio o a la gloria de Dios, sino *a Dios mismo*. La instrucción *Renovationis Causam* advierte que la profesión por la que el religioso se compromete a vivir con voto los tres consejos evangélicos “realiza una consagración, con la cual se entrega totalmente a Dios, que es *el único al que se puede ofrecer el don tan absoluto de la persona humana*.”

No es el religioso el que se consagra. ***Es Dios quien consagra al religioso***. El verbo *consecratur* debe traducirse, no por *se consagra*, sino por *es consagrado*. “No se consagra el religioso a sí mismo. Es consagrado. Aunque él deba responder, cooperando a esta consagración. No es, por tanto, una opción que haga el religioso por su cuenta. Es un don y una llamada”.

3.- CONFIGURACIÓN REAL CON CRISTO VIRGEN-POBRE-OBEDIENTE

Dios consagra al cristiano configurándole con el mismo Jesucristo en las dimensiones esenciales de su proyecto humano de vida, que son la *virginidad*, la *pobreza* y la *obediencia*. De hecho, los llamados “consejos” evangélicos no fueron simples ejemplos edificantes o virtudes de Jesús, sino sus actitudes vitales y totales. **Jesús vivió en virginidad-pobreza-obediencia como expresión de amor total y de plena donación de sí mismo al Padre y a los hermanos, a Dios y a los hombres**. La existencia de Jesús fue, en realidad, un vivir y existir enteramente para los demás. Y la vida religiosa intenta re-vivir, perpetuar y re-presentar sacramentalmente en la Iglesia y para el mundo el género de vida de Jesús, siendo para él una *nueva humanidad* en la que pueda renovar y actualizar su misterio. Juan Pablo II ha dicho, a este respecto: “Seguir a Cristo es algo existencial. Es querer imitarle hasta el extremo de *dejarse*”

configurar con él; asemejarse a él hasta el punto de ser como otra humanidad suya, según las palabras de sor Isabel de la Trinidad. Y ello en su misterio de castidad, pobreza y obediencia”.

La vida religiosa, como profesión, por medio de votos públicos, de la virginidad-pobreza-obediencia en el seguimiento de Jesús, es una *consagración* verdadera, en sentido propio y formal, en sentido teológico y teologal. Dios, por medio de esa profesión, consagra al cristiano, es decir, le configura realmente con Jesús en esas tres dimensiones esenciales de su vida. Se trata de una consagración que hunde sus raíces en la consagración bautismal, y que la lleva a plenitud.

“Jesús vivió su consagración precisamente como Hijo de Dios: dependiendo del Padre, amándole sobre todas las cosas y entregado por entero a su voluntad. Estos rasgos de su vida como Hijo son compartidos por todos los cristianos. **A algunos, sin embargo, para bien de todos, Dios da el don de seguir más de cerca a Cristo en su pobreza, su castidad y su obediencia por medio de la profesión pública de estos consejos con la mediación de la Iglesia.** Esta profesión, a imitación de Cristo, pone de manifiesto una *consagración particular* que está enraizada en la consagración del bautismo y la expresa con mayor plenitud” (PC 5).

La expresión con *mayor plenitud* nos hace pensar en el dominio de la Persona divina del Verbo sobre la naturaleza humana que asumió y nos invita a una respuesta como la de Jesús: *Un don de sí mismo a Dios de una manera que sólo él puede hacer posible y que es testimonio de su santidad y de su Absoluto.* Una tal consagración es un don de Dios: Una gracia gratuitamente dada” (EE 7).

La vida religiosa, además de la consagración bautismal o configuración con Cristo propia de la vida cristiana, supone y es constitutivamente una nueva configuración con la Persona de Cristo en su modo histórico de vivir enteramente para Dios y para los hombres: en ***virginidad-pobreza-obediencia vividas en comunidad.*** Implica y es la entrega total de la persona humana a Dios con “una donación absolutísima e irrevocable, como la de Cristo” (ET 7). Y por parte de Dios, es una acción transformadora y la posesión total de la persona por un título nuevo y especial.

Descriptivamente, podemos decir que *el religioso es un cristiano, llamado por especial y ulterior vocación divina, consagrado por Dios mediante la profesión de los consejos evangélicos, es decir, configurado realmente con Cristo virgen-pobre-obediente, para vivir y perpetuar en la iglesia, de modo sacramental (visible, verdadero y real) su misterio de anonadamiento, de consagración y de sacrificio total de sí mismo.* El religioso re-presenta, o sea, hace de nuevo visiblemente presente a Cristo en la Iglesia y para el mundo en estas tres dimensiones esenciales de su proyecto de vida.

En esto consiste la *identidad* y la *misión* de la vida religiosa.

4.- CONSAGRACIÓN DE TODA LA PERSONA

La consagración religiosa tiene un carácter de *totalidad*. Comprende a toda la persona y abarca toda su vida. Por medio de los tres votos, la persona se entrega a sí misma en totalidad a Dios, realizando una verdadera transferencia de propiedad. No sólo le ofrece los frutos del árbol de su vida, sino el árbol mismo con sus raíces y toda su capacidad de fructificar; y no por etapas, sino de una sola vez y para siempre. En su aspecto de renuncia, los votos religiosos no quieren remover simplemente lo que se opone a la caridad, sino lo que impide o estorba su perfección, su totalidad y su actualidad. El religioso pretende vivir ya desde ahora, en la medida de lo posible, la caridad teologal con la totalidad y actualidad con que se vive en el cielo; es decir, en ejercicio vibrante y continuo y en acto ininterrumpido.

Por medio de la profesión religiosa, la persona, toda entera, queda consagrada, ofrecida a Dios, poseída por él y santificada, en el sentido teológico de la palabra. Precisamente la trilogía de los llamados consejos evangélicos lo que quiere expresar, en primer lugar, es la *totalidad de la persona humana*, es decir, lo que la persona es y no solamente lo que la persona *tiene* o *hace*. Ahora bien, de forma descriptiva, se puede decir que la persona es: *capacidad de amar y de ser amada*, o sea, "afectividad", que es el ámbito de la *virginidad*. Pablo VI habla de: *las fuerzas de amar (ET 7); capacidad de programar en libertad la propia existencia*, que es el ámbito de la *obediencia*. El mismo Pablo VI habla de: la libre facultad de organizar la propia vida (ET 7); *capacidad y deseo de poseer*, que es el ámbito de la *pobreza*.

Toda la persona, desde sus raíces más hondas, queda especialmente entregada a Dios y comprometida en el servicio de los hombres, es decir, queda *consagrada* (sacrificada): configurada con Cristo en el sacrificio total de sí mismo, en el misterio de su proexistencia histórica.

[El nuevo Código habla de la consagración religiosa en términos de totalidad y con claras resonancias sacerdotales, que recuerdan la originalidad del sacerdocio-sacrificio de Cristo. “La vida religiosa, en *cuanto consagración de toda la persona...* De este modo, el religioso consuma la plena donación de sí mismo como un sacrificio ofrecido a Dios, por el que *toda su existencia* se convierte en un culto continuo a Dios en amor” (can 607, 1). En este sentido, la vida religiosa tiene una dimensión verdaderamente *sacerdotal* y es un auténtico *estado litúrgico*.]

[La distinción entre oblación y sacrificio pudiera ayudarnos a comprender una peculiaridad de la vida religiosa, como forma específica de vida cristiana. Todo sacrificio es oblación. Pero no toda oblación es sacrificio, como ya recordó santo Tomás.

“Tal vez pudiéramos tomar de aquí –dice un gran teólogo- la diferencia existente entre el cristiano común y el religioso. Acaso la vida del cristiano –no obstante ser ella, originalmente, una vida consagrada- no se realice por el cristiano mismo, sino *como oblación* y no como *sacrificio*. De hecho, en el cristiano común queda una última raíz de profanidad, por hablar de esta manera, que es su yo ofrecido a Dios, pero no enteramente negado por los votos. El *sacrificio* implica una entera sacralización de la cosa sacrificada, la cual, entregada, votada a lo Sacro de un modo irrevocable, no puede ya ser entregada para usos profanos. Así, el religioso consagrado a Dios por los votos no puede ya servir para usos no religiosos. No *puede salirse de la esfera de la sacralidad*”]

En virtud y como exigencia fundamental de la fe en Cristo, el cristiano tiene que estar dispuesto *a perderlo todo* por él. Esta disponibilidad no es de consejo, sino estrictamente obligatoria como actitud habitual. Pero *el religioso, como los apóstoles*, vive de una manera original y con una especie de radicalismo esta disponibilidad total, *dejándolo todo* de hecho por Jesús.

Ahora bien, toda la persona sólo se entrega en totalidad y se deja *poseer consintiendo activamente en la acción de Dios, cuando de verdad ama y cuando es amada*. La consagración religiosa sólo puede entenderse y explicarse desde la categoría suprema del *amor y del amor total*. Desde el amor de Dios, primeramente; y desde el amor que él derrama y crea en la persona. El amor es don. *Y amar es darse*.

Elemento o dimensión especial de la totalidad es la *perpetuidad*. La perpetuidad es la totalidad en el tiempo. Un don total es necesariamente un don perpetuo y definitivo, Darse enteramente es e implica darse para siempre. Pablo VI llama a la donación propia de la vida religiosa : “don absoluto e irrevocable” (ET 7).

Existe, sin embargo, un problemática agudizada en los últimos años, en torno a la posibilidad misma de contraer compromisos definitivos, teniendo en cuenta la temporalidad constitutiva de la persona humana, Apuntamos algunas ideas para responder a esta problemática:

- Es cierto que el hombre está medido intrínsecamente por la temporalidad. Pero no es sólo tiempo. Hay en él elementos de eternidad, que hacen posible y aseguran una continuidad interior y que son una base para la fidelidad. El hombre vive para siempre, aunque no vive desde siempre. Su “yo” más profundo permanece a través de todos los cambios. Su verdadera identidad es eterna e indestructible. Si no es “lo mismo” que ayer, es “el mismo” que ayer. El hombre desempeña múltiples papeles en el gran teatro de la vida; pero, por debajo de los múltiples papeles que representa, hay un papel que “es” realmente.
- También es cierto que los estados de conciencia se suceden y cambian. Pero la conciencia, propiamente, no. Hay una certidumbre inviolable en cada persona de ser “ella misma” sin posibles suplantaciones.
- La misma psicología del amor humano exige, por lo menos en la intención, perpetuidad. Un amor que no es para siempre carece de valor

auténtico. Señalar o superar fechas para el amor resulta ofensivo para el amor mismo y para la persona que ama o es amada. Los sentimientos, sobre todo cuando van impregnados de egoísmo o se basan en una simple atracción física, son volubles e inconstantes. Pero el amor verdadero –que es amar a la persona por razón de ella misma, para ella misma y por ser ella- resiste la separación y la prueba es *eterno*.

- Por otra parte, y ahora nos situamos ya en el campo estrictamente teológico, que es el propio de la vida cristiana y de la vida religiosa, el hombre ha quedado ya instalado, por la gracia, en la vida eterna. Está ya viviendo ahora la vida eterna, como realidad presente: la misma vida de Dios-Trinidad, aunque todavía inicialmente y en espera de consumación definitiva.

- Por último, y esto es lo más decisivo, el problema hay que plantearlo, tratándose de la vida religiosa, desde la vocación de Dios. Nadie es religioso por propia iniciativa. Es Dios quien llama y quien capacita para responder. En Dios *llamar es dar*. La vocación es un verdadero don, Y los dones de Dios, por ser dones de amor, enteramente gratuitos, son dones definitivos, sin posible arrepentimiento por parte del mismo Dios, como nos recuerda san Pablo: **“Los dones y la vocación de Dios son irrevocables”** (Rom 11,29). Llamar para siempre es crear en el llamado una permanente capacidad de respuesta. Por eso, el hombre, desde esa previa capacitación, puede y debe responder y comprometerse definitivamente. **La fidelidad del hombre consiste en apoyarse en la fidelidad inquebrantable de Dios.**

5.- EN LA IGLESIA Y PARA LA IGLESIA

La vida religiosa nace *en* la Iglesia y es *para* la Iglesia. Los llamados consejos evangélicos y el estado de vida en ellos fundado son un *don divino* que la Iglesia recibió de Jesucristo y que con su gracia conserva siempre. Este

modo de vida pertenece esencialmente a la estructura interior de la misma Iglesia, a su vida y a su santidad. La consagración religiosa redonda a favor de la Iglesia entera, que es el ámbito propio de nuestra inserción en Cristo y de la misma consagración. “Es la Iglesia quien autentica el don y es mediadora de la consagración” (EE, 8).

“La consagración teologal de Cristo, su entera donación no sólo subjetiva, sino objetivo-real en sacrificio al Padre, es el carisma, el don hecho por él a la Iglesia...Esta consagración es *un don*. Pero es, consiguientemente y de un modo insoslayable, una ineludible *tarea*. La Iglesia está obligada a realizar en sí misma esta entera consagración teologal del Señor: Ahora bien, *no es posible que la iglesia en su totalidad, ni por la mayor parte de sus miembros, realice en su plenitud esta consagración teologal, que sólo puede ser como tal vivida y exteriormente expresada en la práctica de los consejos evangélicos*. Desde este punto de vista, *la vida religiosa es la que de verdad y por entero cumple en la iglesia la consagración teologal del Señor*, en la cual la iglesia entera fue consagrada. De otro modo, la consagración de Cristo sería incompletamente vivida y realizada en la Iglesia”.

[Los religiosos, instalados de un modo total en la consagración de Cristo, es decir, en su condición escatológica, ya no pertenecen propiamente a este mundo, sino al mundo venidero. Adelantan, aquí y ahora, en la medida de lo posible, la condición definitiva del hombre y el modo de vivir en el Reino consumado (cf LG 44).]

La vida religiosa imita más de cerca y re-vive con particular intensidad en la iglesia el *anonadamiento* del Señor, por medio de los consejos evangélicos vividos comprometidamente. El pecado del hombre consiste en erguirse como autónomo, en alardear de señor, siendo esclavo y en hacer valer unos derechos que no tenía. Esta es la tentación permanente: conquistar el fuego sagrado por las propias fuerzas, intentar robar a Dios sus privilegios, en vez de recibirlos acogedoramente como gracia. El religioso, por los votos de virginidad-pobreza-obediencia, se configura visible y significativamente con Cristo anonadado.

El Concilio nos ha dicho a este respecto: “La iglesia medita la advertencia del Apóstol, quien, estimulando a los fieles a la caridad, les exhorta a que tengan en sí los mismos sentimientos que tuvo Cristo, el cual *se anonadó*

a sí mismo, tomando la forma de esclavo... hecho obediente hasta la muerte (Flp 2, 7-8), y por nosotros se hizo pobre, siendo rico (2 Cor 8,9). Y como es necesario que los discípulos imiten siempre esta caridad y humildad de Cristo y den testimonio de ellas, la madre iglesia se alegra de que en su seno haya muchos hombres y mujeres que *siguen más de cerca y demuestran más claramente el anonadamiento del Salvador*, abrazando la pobreza en la libertad de los hijos de Dios y renunciando a la propia voluntad” (LG 42).

Hay que poner también de relieve que el religioso, precisamente en virtud de su consagración teologal, es un *hombre resucitado*, que vive ya la vida nueva y celeste de Cristo y de María-Virgen, que inaugura el modo fundamental de vivir en el Reino consumado, sobre todo por la virginidad consagrada, por la contemplación y por la vida comunitaria.

III. LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

III. 1. Los votos como liberación

Vivimos nuestra consagración a través de la profesión de los consejos evangélicos. Pero vamos a preguntarnos:

¿Cómo vivir los votos? ¿como una liberación en orden al compromiso en lo más vivo de la misión de la Iglesia, en medio de los problemas humanos? Esta perspectiva de los votos es una verdad esencial. En la vida religiosa apostólica es imposible hacer una dicotomía entre votos y acción. *Los votos, auténticamente vividos, abren en la persona el espacio de libertad que le permite quemar sus energías para que la humanidad sea lo que Dios quiere que sea. Es necesario que la castidad libere* para un mayor servicio a todas las personas, **que la obediencia libere** las limitaciones e ilusiones de los propios deseos para abrirnos al auténtico querer de Dios sobre los hombres, **que la pobreza libere** para compartir la vida, los sufrimientos y esperanzas de las masas oprimidas dentro de los signos evangélicos del Reino. Todo esto hay que mantenerlo, pero aún así queda por descubrir lo que los votos religiosos tienen de más fundamental.

¿Cuál es , pues, la raíz fundamental de los votos para vivirlos de verdad?. En uno u otro momento de la vida, la religiosa sincera descubre – y es la experiencia categórica que ilumina su existencia- que a Cristo no se le sigue primordial y fundamentalmente por algo, con vistas a un objetivo por grande y noble que sea, en función de un servicio que una se siente llamada a hacer. Ese momento en nuestros modos actuales de proceder, coincide muy rara vez con el tiempo de la profesión, incluso perpetua. Frecuentemente suele situarse en un periodo de relectura de toda la vida, a veces en tiempo de crisis.

Entonces se percibe que, si la fidelidad a los votos no se apoya más que en su eficacia en orden a la santificación personal o a la actividad desbordante en servicio del Reino, carece de la profundidad evangélica que le da su sentido. No se hace un religioso en primer lugar para servir, ni siquiera para entrar en el Reino.

- Alcanzadas por Jesucristo

Una persona se hace religiosa fundamentalmente a causa de Jesucristo. A causa de Jesucristo, como S. Pablo, quema sus días y sus noches por el Evangelio, y va a poner su tienda en los lugares donde es enviado y dónde las necesidades del Reino y de los hombres son más urgentes y esenciales. No se trata de dar a esa actividad su verdadera raíz. Lo mismo que los hijos del Zebedeo o Leví dejan su barca y sus redes, su despacho y sus cuentas, no para predicar el Evangelio –no saben todavía que habrá una buena noticia que anunciar- sino que han sido como atrapados, seducidos por Jesús que pasaba, **el religioso hace unos votos porque ha encontrado a Cristo y Cristo se ha apoderado de Él.**

Esto es lo que describe la parábola del tesoro y de la perla fina en Mateo Mt 13,44-46. Dominado por la alegría ante el tesoro que ha encontrado al cavar su campo aquel campesino vende todo lo que tiene. Su sentido común ha quedado derribado. Así también hay algunos hombres y mujeres a quienes alcanza la mirada de Cristo en un momento decisivo de sus vidas y sienten que es preciso dejar todo lo demás en la sombra. **Todo queda relegado a segundo lugar ante esta atracción de Cristo.**

Se entienden entonces mejor afirmaciones como ésta: “Si alguien viene a mí sin preferirme a su padre, a su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos y aún su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,25).

En toda vocación en pos de Jesús existe como explicación radical de tal o cual Congregación, el momento de maravillarse por Cristo. Momento teologal que trasciende las motivaciones de generosidad o de ética que de él brotarán.

A la pregunta de **cómo vivir los votos hoy** podemos responder que **devolviéndoles su sentido teologal, sin el cual pierden su verdad.** Podemos concretarlo un poco con un ejemplo. El voto más difícil y, bien mirado, el más delicado, pero sin duda el más esclarecedor es el de castidad. Hemos estado acostumbrados, a una visión moral de la castidad, reducida de hecho a la “santa virtud de la pureza”. La pureza es, desde luego, el cuidado de preservar el propio cuerpo, el corazón, el alma, el pensamiento, libres de toda mancha. Simbólicamente, es lo blanco, lo inmaculado. Hay, pues, que evitar

todo lo que se opone a esa virtud: malos pensamientos, malos deseos, malos encuentros, etc. De atenernos a este registro –registro que, me apresuro a añadirlo para que se me entienda bien, **debe ser asumido por el voto-**, el ideal es el de la estatua de mármol a la que nada mancha. Pero el voto de castidad, tal como lo ha visto la gran Tradición de la Iglesia, apunta desde luego a algo más. No es nada fortuito el que se haya visto en María su modelo. Porque se trata, fundamentalmente, no de actos de virtud, sino del SI dado a Dios o a Cristo, con el corazón, con el cuerpo y la propia capacidad de amar, con preferencia al SI dado a un hombre o a una mujer.

Un *SI que es un acontecimiento de la fe*. Ya se ve la diferencia. En lo que llamamos evangelios de la infancia, María es precisamente la que, prometida ya a José y, por tanto, perteneciéndole, conforme a la costumbre judía que preveía un plazo antes de que el esposo llevara a la esposa a su casa. (cf. Mt 1,19; Lc 1, 27), pone el SI a Dios por encima del sí a José. Ese SI a Dios es teologal. Un SI dicho en la fe y que expresa esa misma fe. Ese es el SI de la castidad. Se comprende que en él se haya visto un signo del SI que la Iglesia da a su Esposo. [Nos encontramos, en efecto, en el plano del *maravillarse por el Señor, de la voluntad de hacer de él sólo el todo de la vida*. La pureza no encontrará su sentido más que en esta perspectiva. Esto explica el que, en momentos de crisis, algunos religiosos, negándose a toda costa a volver sobre su SI para dárselo a un hombre o a una mujer cuyo amor obsesiona sus vidas, manchen un poco su blancura. Para ellos, la gran infidelidad al voto de castidad no está en esa lucha necesaria de la pureza, señalada con derrotas. Estaría en el abandono de esa lucha para dar a ese hombre o a esa mujer el SI que dieron un día a Cristo.]

Esta castidad libera el corazón y lo hace tender con todas sus fuerzas a tomar como actitud el amor y la misericordia y la ternura y la fidelidad y el humanismo de Cristo mismo. Porque es un *SI de alianza*. Y ese SI, de verdad plena, se abre a un amor universal. Ahí se enraíza el apostolado. No como un deber, como algo añadido desde fuera del voto, y menos aún como una prueba que lo pusiera en peligro. Sencillamente, como una *comuni3n con el SI que Jesús mismo dio a su Padre y que le hizo amigo de cualquier hombre, aun publicano o pecador p3blico*. La pureza, mirada con cortos alcances, al quedar a un nivel puramente moral, no podría lograr esto. A menudo incluso, allí donde

la castidad no se ve envuelta en el aliento teologal que presentamos, endurece el corazón, lo hace arrogante, cerrado a la misericordia, incapaz de comprender las debilidades, impotente para decir la palabra de Jesús a la mujer adúltera.

Lo que se dice de la castidad puede aplicarse igualmente a la pobreza y a la obediencia. La transposición es demasiado fácil como para que nos entretengamos en ello. Pero gracias a este ejemplo, se entiende mejor cómo **es imposible vivir los votos**, sobre todo en una Congregación apostólica comprometida en la entraña de los esfuerzos de los hombres por transformar su mundo, **sin esa atención al momento contemplativo en el que se originan**. Ese momento contemplativo debe ser respetado y mantenido, so pena de dejar que la vida se deshilache o –peligro que nos acecha cada vez más- de que veamos a los religiosos más ardientes y más generosos deslizarse poco a poco hacia un seguimiento de ideologías extrañas al Evangelio.

Empleo a propósito, evidentemente, el término “contemplativo”. Se trata de la intención profunda de la vida, de la mirada del corazón, de esa presencia misteriosa a Cristo en pleno fuego de la acción. **Lo que quiero subrayar es la absoluta necesidad de mantener como trasfondo de la vida y de la acción misma la atención a Dios, el entusiasmo (realista, maduro, nada adolescente) por Jesús que coincidieron con la llamada del Señor**. Sin esto, pronto se llega a permanecer en los votos pero no a vivir de su aliento.

- Experiencia comunitaria de fe – Solidaridad en la fe

Es necesario insistir en que **este momento contemplativo es más un momento de fe que un momento de piedad. En su base fundamental, los votos son procesos de fe**. Y ésta tiene muy poco que ver con las búsquedas sentimentales de emoción religiosa. En este punto sobre todo, la aportación de la comunidad es esencial. Ciertamente, de cara a Dios y a Cristo que me ha llamado, estoy sólo en el SI de mis votos. Seré juzgado por mi fidelidad, no por la de mis hermanos. **Sin embargo, -hoy sobre todo- yo no puedo vivir la verdad de mis votos, con plena encarnación en los problemas humanos,**

si no soy llevado por la comunión fraterna. Al escribir esto, no pienso únicamente en el clima de amistad, de apoyo psicológico, de acogida, de solidaridad apostólica que constituyen el ámbito de una vida religiosa desarrollada y serena. Me refiero sobre todo a la *solidaridad en la fe*, tal vez demasiado olvidada en nuestros esfuerzos en pro de la renovación de la fraternidad religiosa. **La verdadera fraternidad religiosa es aquella en la que las personas se repiten mutuamente la fe, única que da cuenta de la llamada de cada uno y de todos.** Esto es capital.

Desde el Vaticano II, nuestras comunidades han cambiado de estilo. La mayor parte de las antiguas observancias han desaparecido. Al arraigo demasiado “pietista” o demasiado “formalista” en algunas “observancias” – arraigo que, a pesar de todo, había llegado a dar a los religiosos el apoyo espiritual exigido por los tiempos en que ellos se encontraban y por las tareas apostólicas que debían realizar- **debe sustituir no el vacío sino el arraigo en una experiencia comunitaria de fe.** *Sin este arraigo, cada vez habrá menos posibilidades de vivir los votos en los nuevos tipos de inserción apostólica.*

Pero que no haya confusiones. El arraigo de fe de que hablo, en necesaria conexión con una experiencia comunitaria, no se verifica, primera y únicamente, en los ejercicios de piedad, por renovados que sean. No se trata, desde luego, de insinuar que tales ejercicios no sean necesarios. Pero sí son insuficientes mientras no vengan a alimentar una actitud más profunda. **Si una fe sin piedad se seca, una piedad sin fe no es más que un globo que estallará ante la primera borrasca.** Es necesario aprender a hablar de Cristo, a discutir juntos nuestra fe, a modelarnos una conciencia cristiana. Y esto, no en coloquios ocasionales o en momentos fuertes de la comunidad, sino en lo diario de nuestra existencia. En lo que hemos denominado “la vuelta a lo espiritual”, enfocada a renovar nuestra fidelidad, nos hemos quedado todavía a nivel de piedad, de liturgias, de fenómenos carismáticos, de asambleas de oración, de recursos de fervor. Podemos hacer castillos de arena. **No hemos llegado a la roca de la fe.** Y ésta es precisamente la que hoy día está en entredicho; ¡la que se desmorona! Es la que da a los votos su razón de ser. El problema no se resolverá simplemente con mandar a los religiosos a que hagan algunos cursos de teología o de Sagrada Escritura. Hay que proceder de modo que, **no sólo** las cuestiones sobre la oportunidad o no de tal tipo de

compromiso, o sobre la actitud que haya que adoptar en una determinada situación grave, **sino también** las cuestiones o interrogantes profundos que conciernen a Cristo, a su persona, a Dios su Padre, se profundicen, se discutan, se lleven a la oración, se encarnen en un comportamiento concreto. La fe de que se trata no es, en efecto, una fe de tratados o de manuales. Es una fe que se dice y se traduce en un compromiso “en pos de Cristo”, donde la persona queda comprometido en la raíz misma de su “deseo”: sexualidad, posesión, poder.

- El voto don de la persona

Vivir los votos de una manera auténtica, no es posible más que si nos aplicamos a reforzar su calidad teológica. Pero esto no basta. Hace falta también que, inseparablemente, se les dé su verdadera dimensión.

Porque no podemos estrechar su sentido. A veces hemos contemplado los votos con una mirada teológica extrañamente miope. Es necesario superar la tendencia a considerarlos aisladamente, separándolos; demostrar que pobreza, castidad, obediencia, están en estado de ósmosis; que la castidad es una pobreza; la obediencia una alianza; la pobreza una transparencia del corazón y de la vida.

Por su propia naturaleza, la profesión religiosa está primordialmente en relación con el don de la persona, pero de la persona tomada en su integridad. **Se hace voto de pobreza, castidad y obediencia para hacer “voto de sí mismo”**. La tríada es menos un fin en sí que un *sacramentum*, es decir: a la vez un símbolo y un instrumento del don de la persona en todo lo que la constituye y en todos sus dinamismos.

Nunca se subrayará lo que el religioso no hace a Dios, simplemente, la ofrenda de sus capacidades de amor, de su deseo de poseer, de su apetito de poder, en una especie de negación de sí mismo. Eso es lo que ofrece dentro de la finalidad de entregarse por entero, sin reservas, al Dios y Padre de Jesucristo. Se da uno al Señor no como una cosa o un objeto, cerrado en su pasividad, sino en el ámbito del aliento creador y profundo de las capacidades por las que el hombre es de verdad “imagen de Dios”. **¿Para qué? Para que**

“asidas” por Cristo, esas capacidades pasen a su Pascua, al dinamismo de esa Pascua que, lejos de extinguir lo que tienen de propio, lo torna en vida del Reino. Tal es el verdadero *para*, finalizador de toda la “vida religiosa apostólica”.

- Don de Cristo para el Reino que Él debe devolver al Padre

Hay una imagen clásica que ilustra bien lo que acabo de decir. Pobreza, castidad y obediencia son como las raíces maestras mediante las que el árbol se hunde en el suelo evangélico. Pero esas raíces son para el árbol. Y, en definitiva, sólo éste cuenta. Muchas fidelidades religiosas llegan a aparecerse a tocones, que siguen plantados en el suelo pero sin vida, por faltarles el tronco, las ramas, las hojas y los frutos, que son el esplendor del árbol. Si esto es así, se impone una conclusión. No se vive los votos en verdad más que si en su impulso se encuentran todas las energías de la persona ofrecidas a Cristo *para* que venga el Reino. Uno se hace a sí mismo creando. Por eso, resulta imposible concebir la fidelidad al voto, únicamente dentro de las perspectivas de perfección individual. No sería posible llevar a cabo, con verdad, la intención de la pobreza, de la castidad y de la obediencia considerándolas sólo en referencia al bien de la persona en cuestión, a su crecimiento espiritual, a su merecer para la vida eterna. Esto sería una perversión de la naturaleza del voto.

[Esto mismo vale –como no han dejado de recordárnoslo grandes testigos de la vida contemplativa- incluso para una vida tan apartada del mundo como la de una Teresa de Lisieux y la de Carlos de Foucauld. Pero es evidente que la atención a este punto es sobre todo capital en lo que se llama la vocación religiosa apostólica].

La preocupación del religioso apostólico, deseoso de una lealtad para su propia profesión, ha de abrirse, a la preocupación por la porción de humanidad en la que se encuentra inserto, bien por acaso, bien por una elección deliberada. Añadamos que esa preocupación evangélica no habrá de referirse

únicamente al nivel espiritual –que, naturalmente, conserva su categoría primaria-, sino que debe llegar también hasta las necesidades materiales, aun las más elementales.

La inquietud de que aquí se trata no está, pues, añadida al voto, pegada desde fuera a su intención profunda. Pertenece a su naturaleza, a su contenido. Al hacer la ofrenda de mis capacidades de amar, de mi instinto de posesión, de mi deseo de poder, con todo lo que implican de dinamismo creador, de participación mía en la energía divina, yo las he ofrecido con todo su horizonte de futuro, en su expresión total. El “seguimiento de Cristo” representa un poner todo lo que soy y lo que puedo en manos de Cristo, y con la certeza de que él lo convertirá en servicio del reino y, con ello, en determinada medida, en ayuda a la promoción de la humanidad dentro de la línea del verdadero bien del hombre. **Mucho antes de concretarse en determinada forma de servicio a la sociedad –atención a los enfermos, enseñanza, inserción en el mundo de los pobres, etc.-, la profesión de votos se abre, de entrada, a este servicio del reino que Cristo devolverá en el último día al Padre (1 Co 15, 24-28).**

En cualquier Congregación en que se haga profesión, la amplitud del campo del apostolado se encuentra inscrita en el campo de los votos mismos. No los desborda en nada. De tal suerte que la fidelidad o la generosidad apostólicas, el celo desplegado en el servicio de los hombres, pertenecen a la fidelidad o a la generosidad puestas en vivir los votos y al celo desplegado en el “seguimiento de Cristo”. Una vida religiosa no encontrará su unidad y su paz en tanto no haya entendido esto. Y en sentido inverso, un apostolado religioso jamás alcanzará su verdad si no es ejercido en la consciencia de su pertenencia a la intención radical de los votos, concebidos como ofrenda a Dios de los tres dinamismos centrales por los que el religioso se construye a sí mismo, y se construye construyendo el mundo. Entonces la acción adquiere color de adoración.

III. 2. LA OBEDIENCIA

INTRODUCCIÓN

Cuando se buscaban textos evangélicos para fundamentar la vida religiosa, casi siempre se terminaba citando el texto de los eunucos por el Reino (Mt 19,12), o el texto del joven rico (Mt 19, 21), o los relatos de la vocación y misión (Mt 4, 18-22 ; 10, 37-40). Dichos textos resaltan especialmente la renuncia a los bienes materiales y a la familia –pobreza y castidad-. El asunto de la obediencia queda en penumbra. Y sin embargo, la negación o la renuncia a sí mismo es clave para el seguimiento de Jesús. *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará”* (Mc 8,34-35). **La vida religiosa no se funda en textos evangélico sueltos, sino en la totalidad del Evangelio.**

La obediencia como sumisión a la voluntad de Dios no es exclusiva de la Vida religiosa. Es esencial a la vida cristiana. El seguimiento(He 5, 29) en cualquier estado de vida, implica obediencia. No es posible ser cristiano sin adentrarse en los caminos de la obediencia: ¿a quién hay que obedecer? ¿De qué obediencia se trata?, ¿qué rasgos adquiere la obediencia cristiana en la vida religiosa?.

“Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (He 5, 29). El dicho de Pedro ante el sumo sacerdote es también aplicable a la obediencia en la vida religiosa. Formulemos el principio en otros términos: “Sólo se debe obedecer a la autoridad humana en la medida en que es mediadora y se ajusta a la voluntad divina”. Sólo esta mediación justifica la autoridad y la obediencia de la iglesia y en la vida religiosa. Sociológicamente puede haber otras justificaciones –algún tipo de autoridad es esencial para el funcionamiento de cualquier grupo humano.

N.L. 23
E.T. 28

Una lectura sencilla de la Biblia arroja una conclusión indiscutible: la obediencia a Dios es el hilo conductor de la espiritualidad judeocristiana. Las primeras páginas bíblicas presentan la caída original como una desobediencia

(Gén 3). No se trata de una simple indisciplina frente a un precepto caprichoso, sino de una oposición al plan global de Dios. Tiene una dimensión teologal: El ser humano se ha autoafirmado frente a Dios. Como consecuencia de esta desobediencia “teologal”, de ese desajuste en la relación del ser humano con Dios, todas las demás relaciones han quedado desajustadas: la relación con la naturaleza, consigo mismo, con los demás.

Desde este momento comienza una historia de salvación y liberación para que la humanidad se cimiente de nuevo en la obediencia. Para la literatura bíblica *obedecer es “escuchar” la palabra de Dios y ponerla en práctica*. “El Señor Yavé me ha abierto el oído. Y yo no me resistí ni me hice atrás (Is 50,5). La desobediencia consiste en “no escuchar” : “Pero mi pueblo no escuchó mi voz, Israel no quiso obedecer...¡Ah!, si mi pueblo me escuchara, si Israel mis caminos siguiera...” (Sal 81, 12.14). La escucha a la Palabra se concreta en múltiples escuchas, pues Dios habla a través de los demás, de las situaciones históricas, de la naturaleza...La obediencia como escucha abarca las múltiples relaciones que hacen crecer a la persona. *Obediencia significa, en definitiva, caminar en fe, en fidelidad, por los caminos del señor, siguiendo sus preceptos, que son de benevolencia*. A partir de este presupuesto es fácil entender que la obediencia es igualmente vinculante para laicos y religiosos, para superiores y súbditos.

La historia judeocristiana presenta singulares modelos de obediencia. Abrahám es el padre de los creyentes, justificado por la fe. Su obediencia es garantía de bendición: “Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz” (Gén 22, 18). El pueblo de Israel responde a la lectura del libro de la Alianza con un compromiso de obediencia: “Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho Yavé” (Éx 24,7; cf Jos 24,24). Samuel coloca la obediencia a la palabra de Yavé por encima de los holocaustos y sacrificios: “Acaso se complace Yavé en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a la palabra de Yavé? Mejor es obedecer que sacrificar, mejor la docilidad que la grasa de los carneros” (1 Sam 15,22). Cristo es modelo de la obediencia al Padre hasta la muerte (Flp 2,8; Heb 5,7; 12,2). *“En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán*

constituidos justos” (Rom 5,19).

La obediencia del discípulo es camino hacia la cruz y hacia la muerte **que salvan**. La renuncia a sí mismo es una de las condiciones esenciales para el seguimiento de Jesús. *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”* (Mt 16,24). Se trata de una renuncia radical, asociada a la cruz, hasta la muerte.

La negación de sí mismo no es el objetivo terminal de la obediencia, sino la condición del seguimiento, el camino hacia la liberación definitiva. Esta renuncia a sí mismo se explicita en las escenas de vocación como una renuncia global del discípulo a sus cosas, a su profesión, a su familia (Mt 4,22). Renuncia que no se hace de una vez por todas, sino que se nos pide sistemáticamente a lo largo de la vida. Porque la vida terrena es ese conjunto de posesiones, intereses, seguridades que buscamos afanosamente y nos mantienen encerrados en el horizonte terreno. Es ese conjunto de ataduras que pueden cerrarnos al reino de Dios. Por eso no andan desencaminados quienes consideran el voto de obediencia como un voto complejo, que abarca los otros dos y, en definitiva, todas las condiciones del seguimiento de Jesús. Ni carece de sentido la concentración de la fórmula de profesión religiosa en la profesión de obediencia. (En la Orden).

La obediencia de los seguidores de Jesús es una escucha atenta y efectiva de la palabra de Dios. No basta oír la Palabra; es necesario ponerla en práctica. *“No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial”* (Mt 7,21).

La obediencia de los religiosos se funda en tomar en serio la posibilidad ofrecida a todo cristiano por el bautismo: ***no estar sólo para escuchar, comprender la Palabra de Dios, decidirse ante su exigencia, ejecutar o cumplir la voluntad de Dios que ella transmite.*** El cristiano tiene hermanos o hermanas a los cuales el Espíritu les une en un solo cuerpo de Cristo: no se transforma en hijo adoptivo del Padre sino es encontrándose inserto en una *comunión* eclesial. *Contando con esta gracia, el religioso* –una vez percibido el sentido de su llamada- *decide el no escuchar él solo la Palabra de Dios, fiándose solamente de su propio juicio, sino el hacerlo con otros que han escuchado la misma llamada.* De esta forma romperá los límites de su

propio juicio y buscará fielmente el ampliar su deseo en la fraternidad evangélica.

En esta opción específica, se cumplirá una diversificación de funciones: la comunidad fraterna pedirá a algunos de sus miembros el ejercer en bien de todos, y en vistas a una fidelidad realista al querer de Dios y a la vocación común, una obediencia según una responsabilidad más concreta. De esta forma la obediencia de los demás religiosos se hallará llevada a *las exigencias* de lo real para el mayor bien de cada uno, del grupo y de la misión.

1. LA OBEDIENCIA DE JESÚS EL ENVIADO

“Mediante la profesión de la obediencia, las hermanas hacemos a Dios entrega total de nuestra propia voluntad, conformándonos más plenamente a Cristo en su obediencia al Padre, y quedando íntimamente asociados a su misión salvífica, que se inicia y consume en un acto de obediencia “hasta la muerte y muerte de cruz”. Así como Cristo por esta sumisión al Padre dio su vida por la salvación de los hombres, nosotras, al someternos con fe a nuestros superiores, signo de la presencia de Cristo en la comunidad, nos entregamos también al servicio de nuestros hermanos”. (N.L. 16)

Toda la vida de Jesús está inspirada por un único propósito: cumplir la voluntad del Padre. La renuncia de Jesús a sí mismo está en función de su obediencia al Padre. Consiste en una sumisión y total disponibilidad para hacer la voluntad del Padre (Lc 2,49). A los discípulos que le insisten para que coma, Jesús replica: *“Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis... Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado”* (Jn 4,32-33). *“He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino para hacer la voluntad del que me ha enviado”*. (Jn 6,38).

La obediencia de Jesús está estrechamente relacionada con su misión. La misión de Jesús consiste en anunciar y practicar el reino de Dios. Y la finalidad de esta misión es la salvación de la humanidad. *“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo Único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para Juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”* (Jn 3,16-17). La obediencia de Jesús está en íntima relación con el plan salvífico del Padre. En la obediencia de Jesús está en juego la salvación humana, como lo

estuvo negativamente en la desobediencia de Adán (Rom 5,19), (N.L. 15,III).

El cumplimiento de esta misión no es para Jesús un camino llano. Desde el comienzo de su vida pública hasta el final vivió, como ser humano, la inseguridad en la búsqueda de la voluntad del Padre y la lógica y natural resistencia a la muerte. De hecho su vida pública se inicia y se consuma con una dura prueba en ambos casos.

Al comienzo están las tentaciones en el desierto (Mt 4, 1-11). Al final de su vida pública está el momento dramático de Getsemaní (Mt 26,36-46; Mc 14, 31-42; Lc 22, 40-46). Llegada la hora definitiva para el cumplimiento de su misión. Jesús experimenta con todo dramatismo la natural resistencia a la muerte. Numerosos rasgos de los relatos evangélicos testimonian la intensidad humana de esta prueba. Todos ellos ponen de manifiesto el costo humano de dolor y renuncia que implica la fidelidad en la obediencia. Al final se impone la disponibilidad para aceptar y cumplir fielmente la voluntad del Padre. *“Pero no se haga como yo quiero, sino como quieras tú”* (Mt 26,39).

Si hacemos desaparecer esa dimensión profundamente humana de Jesús, hemos convertido el seguimiento en tarea imposible. ¿Quién puede seguir o imitar a un Dios que no ha asumido ni compartido la condición humana?.

Aquí adquiere toda su significación la cristología de la Carta a los Hebreos y, sobre todo, la insistencia en el aprendizaje de la obediencia a base de pruebas y sufrimientos. (Heb 4,15; 5,7-9).

El autor de hebreos pone a Jesús como modelo de fe, de fidelidad y de obediencia, y dirige palabras de ánimo a quienes están sometidos a la prueba: “Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos el lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús...” (heb 12, 1-4).

La obediencia de Jesús se consuma en la libre entrega de la propia vida para la salvación de muchos: “Nadie me quita la vida, yo la doy voluntariamente” (Jn 10,18). Su muerte es la culminación de su obediencia y fidelidad. Es la consumación de su misión. El himno de la Carta a los Filipenses explica magistralmente toda la hondura de la obediencia de Jesús”:

“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: el cual, siendo De condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se Despojo de sí mismo, tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp 2, 5-8).
(N.L. nn. 16-17-19-21)

2. OBEDIENCIA, COMUNIDAD Y MISIÓN

“El principio de unidad y comunión que se obtiene por la obediencia de todas, es indispensable a la comunidad para mantener su fidelidad al Espíritu y a la misión propia. Así lo juzgaron Santo Domingo y el P. Coll. El primero, exigiendo a sus frailes que le prometiesen comunidad y obediencia, y nuestro Fundador, exhortándonos a amar la obediencia, de una manera especial, porque nos une más en la caridad” (N.L. 21).

La obediencia a la voluntad de Dios, la fidelidad a la llamada del Señor, el servicio a la causa del Reino ..., constituyen el transfondo teológico de toda obediencia religiosa. Esos rasgos son comunes también a toda obediencia cristiana y son exigencias comunes para todo cristiano, cualquiera que sea su estado de vida. Todos están llamados a la santidad.

Pero lo característico de la obediencia religiosa es el contexto comunitario en el que se intenta discernir y cumplir la voluntad de Dios, y la mediación de las Constituciones, la misión, los proyectos comunitarios, los titulares de la autoridad en esa búsqueda y cumplimiento de la voluntad divina. Pero cabe el riesgo de que estas mediaciones no sean transparentes o que incluso a veces interfieran con la voluntad de Dios. Otro peligro, es cuando la propia voluntad se antepone a la voluntad de Dios. O cuando vamos por la vida sin preocuparnos de buscarla y obrando sencillamente a lo humano.

El Evangelio deja constancia clara de la necesidad de negarse a sí mismo para ser discípulo de Jesús. La realización personal es un ideal y un deber; pero el egoísmo es una inclinación profunda en el ser humano. Por eso, es necesario relativizar la propia autonomía. El ser humano experimenta el peso de la carne, de encerrarse en sí mismo y en sus propios intereses, a construir su mundo interesadamente. Esta inclinación nos ciega y nos cierra,

N.L. 226

nos oculta la voluntad divina y nos cierra a los caminos del Señor. Por otra parte no siempre tenemos la suficiente lucidez evangélica para descubrir la voluntad divina. Nos falta limpieza y claridad en los ojos del espíritu. Por ello se hace urgente la necesidad del discernimiento de la comunidad y la guía de los maestros espirituales: Es la obediencia como docilidad al Espíritu que actúa a través de la comunidad y de los que presiden la comunidad.

La autoridad en la vida religiosa debe ser evangélica. Debe ser ejercida como servicio a la comunidad y a la misión. Significa también que el superior ha de ser sobre todo un animador de la vida evangélica, un lazo de comunión fraterna y apostólica.

N.L. 20-21

Es función primordial del superior ser conciencia evangélica o memoria de las exigencias evangélicas; confrontar a la comunidad y a los individuos con estas exigencias. Esta función es facilitada cuando él mismo es testimonio de fidelidad evangélica. Esto requiere de él densidad carismática, talante evangélico y autoridad moral. Pero ¿estarán los otros dispuestos a que ejerza su servicio?.

La inhibición en el ejercicio de la autoridad es un problema real hoy en la vida religiosa. El ejercicio de la autoridad o del liderazgo es componente esencial para el buen funcionamiento de cualquier grupo humano. La ausencia de la autoridad conduce a una anarquía destructora. Alguien tiene que tomar la iniciativa, coordinar o resolver situaciones de indecisión. **También se presenta hoy un fuerte individualismo y una falta de fe en las mediaciones de la obediencia** que dificultan y a veces impiden el ejercicio necesario de la autoridad. Cuando falta la autoridad institucional suele surgir el líder natural o los grupos de presión que ejercen las mismas funciones desde otros presupuestos, a veces proféticos y a veces ideológicos. Aquí se plantea el agudo problema de los líderes naturales ejerciendo un liderazgo paralelo, a veces más fuerte y hasta dictatorial que el de la autoridad institucional. La autoridad está legitimada en la vida religiosa como mediación de la voluntad divina.

La obediencia religiosa no es negación de la libertad, sino una ayuda para crecer en la libertad en el espíritu. La obediencia es libertad a través de las mediaciones.

El ejercicio de la autoridad debe tener como propósito fundamental la realización libre de las personas en el seguimiento de Jesús. Una autoridad que pretenda sistemáticamente contradecir la naturaleza, la índole personal y la realización de las personas, sólo puede producir desequilibrios emocionales y afectivos o anular las capacidades creativas de las personas. La práctica de la obediencia no debe ser camino hacia el infantilismo, sino hacia la madurez plena de la persona en Cristo.

EL DISCERNIMIENTO COMUNITARIO

La autoridad como los demás miembros de la comunidad requieren el discernimiento comunitario. La comunidad no es un tribunal de cuentas; es el lugar natural para discernir la voluntad de Dios, para descubrir las mociones del Espíritu que llama en cada situación concreta a una mayor fidelidad. **Y el ambiente más eficaz para el discernimiento es la oración compartida y la común escucha de la palabra de Dios.** Si falta esta ambientación el discernimiento fácilmente degenera en debate ideológico, capaz de legitimar intereses personales y de ocultar motivaciones no tan evangélicas.

N.L. 19
N.L. 226

El discernimiento comunitario no ha de confundirse con un juego democrático: “La vida religiosa no es un simple parlamento democrático”. La mayoría democrática es el *mínimum* exigible. Desde el punto de vista meramente humano, las decisiones comunitarias deben aspirar al consenso. Desde el punto de vista de la fe, ni siquiera el consenso mayoritario es garantía total de haber atinado con lo que Dios quiere.

Nuestras Leyes nos presentan el núcleo de este discernimiento necesario en el nº 16:

“Mediante la profesión de la obediencia, las hermanas hacemos a Dios Entrega total de nuestra propia voluntad, conformándonos más plenamente a Cristo en su obediencia al Padre, y quedando íntimamente asociados a su misión salvífica, que se inicia y consume en un acto de obediencia hasta la muerte y muerte de cruz”. Así como Cristo por esta sumisión al Padre dio su vida por la salvación de los hombres, nosotras, al someternos con fe a Nuestros superiores, signo de la presencia de Cristo en la comunidad, nos Entregamos también al servicio de nuestros hermanos”. (N.L. 16)

Es una urgencia para nosotras ejercitarnos no sólo en el discernimiento del bien y del mal, sino de lo bueno, lo que agrada a Dios, lo que es perfecto como nos dice S. Pablo en su Carta a los Romanos (Rom. 12, 7-20). Sólo si personalmente estamos habituadas a este ejercicio, podremos tener, garantía de nuestros discernimientos comunitarios.

El discernimiento comunitario de la voluntad de Dios debe trascender el ámbito de los asuntos y de la vida de la propia comunidad y Congregación: las exigencias de la misión, la situación y acontecimientos del pueblo, la urgencia del Evangelio son elementos esenciales para el discernimiento de la voluntad de Dios.

También es bueno recordar que el acto de discernimiento no queda completo cuando se toma una decisión, **sino cuando esa decisión, fruto del discernimiento se hace realidad en la vida.** Se lleva con la práctica. Buscar la voluntad de Dios es importante, cumplirla es esencial en nuestro voto de seguidoras de Cristo.

En el crecimiento de la calidad de nuestra obediencia religiosa nos ayudan y orientan también otros números de las Constituciones: el 224,IV nos indica condiciones y preparación al discernimiento y el 226 nos ilumina para vivir en la práctica realizando y buscando simultáneamente la voluntad de Dios, a la vez que avanzamos en la formación permanente.

La amplia problemática de la autoridad y de la obediencia presenta hoy dos desafíos urgentes en la vida religiosa:

1º Es preciso **redescubrir la dimensión teologal de la obediencia.** Es preciso revitalizar la espiritualidad de la obediencia: el encuentro con Jesús, la experiencia pascual, el descubrimiento del valor absoluto del Reino.

2º Es preciso **confrontar el creciente individualismo.** Unas se distancian de la comunidad para ocultar y alimentar sus propios proyectos. Otras para buscar la vida que no encuentran en la comunidad. Algunas se han hecho decepcionadas y amargadas. La lucha contra el individualismo es urgente hoy. Pero no se debe convertir en un pretexto para que comunidades escleróticas y rutinarias acaben con la vida que aún existe en algunos

miembros. Este individualismo destructor hace inviable todo proyecto comunitario. Son varias las expresiones del mismo: la fácil sustracción de las hermanas a las exigencias de los proyectos comunitarios; la creciente inhibición a la hora de asumir responsabilidades comunitarias y como consecuencia de esta :la explotación inhumana de los pocos que siguen dispuestos a asumir responsabilidades comunitarias **Finalmente, la misión es la dimensión esencial de la obediencia religiosa.** La obediencia cristiana es disponibilidad para la misión. Y en el caso de la obediencia religiosa dominicana, esta disponibilidad se expresa en la incorporación a un proyecto apostólico comunitario y en dedicar la vida al servicio de la Palabra.

LA OBEDIENCIA EN EL IDEAL DE DOMINGO

La promesa de obediencia era una de las dos cosas que Domingo exigía a quienes solicitaban su ingreso en la Orden. Domingo daba un gran valor al voto y a la virtud de la obediencia. Exigía de todos una obediencia pronta y voluntaria. Era muy afable, benévolo y comprensivo, pero también era muy firme en exigir la observancia de la Regla. “Reflexionaba largo tiempo antes de decidir algo; pero una vez tomada una decisión, era irrevocable”.

La obediencia en la vida dominicana favorece la vida contemplativa. Con el voto y la virtud de la obediencia el dominico arranca de raíz el obstáculo más grande que impide la posesión de Dios y de su verdad. Además obedecer significa adherirse a la voluntad de Dios porque “quien se une a Dios forma con El un solo espíritu” (1 Cor. 6,17).

La obediencia dispone a la contemplación, pero también es fruto de la vida contemplativa. Quien fija su mirada en Dios, quién está habituado a “ver” a Dios con los ojos de la fe y del amor, es impulsado a adherirse plenamente a la voluntad divina, sea que se manifieste directamente, o indirectamente a través de la Regla y de la voluntad de los superiores.

La obediencia da también mayor eficacia a la acción apostólica. Mediante el ejercicio del voto y de la virtud de la obediencia, el apóstol participa activamente en la obra de salvación de Cristo; se pone en perfecta sintonía con el Hijo de Dios que vino al mundo “para hacer la voluntad del Padre” (Jn 4,34;

Cf. 5,30; Heb, 10,7). Toda la vida de Jesús es expresión de la voluntad del Padre. Esta voluntad lo trajo a la tierra y lo condujo a la cruz, puesto que la adhesión a esta voluntad es la Salvación.

Aquellos que por vocación son colaboradores de Cristo en la obra de la salvación no pueden dejar de recorrer el mismo camino, de hacerse con El obedientes, y obedientes hasta la muerte. En la vida espiritual la muerte es condición para renacer. Sólo quien, con el ejercicio de la perfecta obediencia, ha dado muerte al hombre viejo nace a la vida nueva y se hace capaz, por lo mismo, de transmitir a sus hermanos la vida nueva traída por Cristo (Cf, 2 Cr. 5,17; Ef 4,24).

LA OBEDIENCIA EN EL IDEAL DEL P. COLL

Nuestro P. Coll en la Regla nos dice pocas, pero nucleares palabras sobre la obediencia: “Amadas hermanas vuestro celestial Esposo fue “obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil. 2,8). Para imitarle pues, y agradarle, debéis ser obedientísimas acordándoos de lo que dice el mismo Señor: *“si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”*. (Regla pág. 403)

Pero donde el P. Coll desarrolla mejor la obediencia es en el capítulo donde habla de la Madre Priora. Allí –aún contando con el lenguaje propio de la época- expone una forma de gobernar propia del estilo dominicano. Se entiende, puesto que fue el que aprendió y vivió en sus años jóvenes.

ACTITUDES PARA VIVIR LA OBEDIENCIA

(N.L. 17,19,26)

III. 3. LA CASTIDAD

INTRODUCCIÓN

1- La castidad por el Reino

La castidad religiosa sólo se puede entender desde la perspectiva teologal y en la medida que entendemos el reino de Dios. Existen también otras motivaciones para una vida célibe: el deporte, la investigación, el arte,... La opción del celibato puede estar incluso motivada por actitudes egocéntricas, que cierran al célibe sobre su propio mundo y sus propios intereses. El celibato en si no tiene necesariamente un valor religioso testimonial. Aún más, las motivaciones señaladas parecen más razonables a nuestros contemporáneos que las motivaciones del celibato religioso.

El voto de castidad ha sido cuestionado con frecuencia desde la psicología: A veces se le considera antinatural. Es comprensible. Es natural que la relación hombre-mujer evolucione hacia la plenitud de una relación afectivo-sexual. Pero esto no excluye la posibilidad de otro tipo de relación interpersonal que permita la realización de la persona, viviendo la afectividad y la sexualidad en otra clave y con unas motivaciones específicamente religiosas. Prácticamente en todas las religiones se reconoce el fenómeno del celibato por motivos religiosos. La vida de pareja o el matrimonio a nadie se le ha impuesto por ley natural, sino que también son opciones libres.

El celibato por causa del Reino es un carisma (Mt 19,12) . En este sentido la vida religiosa debe preocuparse más de vivirlo como una experiencia religiosa que de justificarlo racionalmente. Un celibato que no este fundamentado en la experiencia teologal es temerario y puede desembocar en el fracaso existencial del religioso, y así se pueden explicar muchas frustraciones y fracasos, agresividades y neurosis, soledades, tristezas y tedios en las comunidades religiosas. Si falta gozo, no hay virtud; si falta el sabor evangélico, no hay verdadero celibato por el Reino.

[El celibato y la virginidad no anulan la condición sexuada de la persona. Ser célibe no implica dejar de ser hombre o mujer. Es una forma

específica de vivir la sexualidad. Esta abarca más que la mera genitalidad y el ejercicio de la misma. Es una pulsión que afecta a todos los estratos de la persona: el biológico, fisiológico, psíquico y el espiritual. Ser hombre o ser mujer implica una forma de relación con la naturaleza, con uno mismo, con los demás, con Dios..., en clave masculina o femenina. Entender el celibato como una negación de esta condición sexuada significaría negar una cualidad diferenciada de la persona. El celibato implica continencia sexual y, por consiguiente, renuncia a la procreación, pero no renuncia a la condición sexuada del célibe].

El celibato y el matrimonio son sencillamente dos formas de ser cristiano, distintas e igualmente válidas.

La virginidad no es renuncia a la afectividad y al amor. Es un voto de reciprocidad y amor radical. Sólo la afectividad y el amor debidamente encauzados son garantía de un celibato integrado. Las renunciaciones que implica deben ser interpretadas positivamente, en términos de afirmación y realización de la persona a través del amor. Y no sirve el argumento tantas veces dicho de la renuncia al amor humano para dedicarse al amor de Dios. La verdad del mismo no es completa. ***Evangélicamente hablando el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables:*** Aún más, el amor a Dios tiene su justa mediación en el amor al prójimo. El olvido de este principio evangélico ha convertido muchas veces a los religiosos en personas narcisistas, llenas de egoísmo y desamor que ha bloqueado la auténtica experiencia del amor de Dios y a Dios. Sin amor no hay verdadero celibato por el Reino; puede haber soltería nada más.

La castidad es una forma de amor gratuito, que testimonia el amor gratuito de Dios y ahí está la fuente de su valor testimonial y de su aporte a la construcción de la comunidad humana. Liberar la relación hombre-mujer de su carga de dominación, instrumentalización y explotación. es un desafío en la sociedad y en la Iglesia.

Para la religiosa el amor tiene algunas cualificaciones específicas. No se trata ya de vivir un amor excluyente y posesivo, sino abierto a la universalidad y oblativo. En este sentido es distinto de la fijación afectiva que supone el enamoramiento y el amor conyugal. [No es que este no pueda ser

verdaderamente cristiano, abierto a la universalidad y oblativo, para serlo debe tener estas características. Pero, de hecho tiene una mediación muy concreta: la mediación de la pareja y de los hijos, cuando existen. Mientras que el amor celibatario tiene otras mediaciones más indeterminadas]. En este sentido se habla de él como un amor universal. Sin embargo hay que ser realistas a la hora de concretar la universalidad del amor celibatario. Que puede caer en no amar a nadie, egoísmo...como ya se apuntó más arriba.

Es preciso, para salvar esa dimensión universal, que se ejerza afectiva y efectivamente en mediaciones concretas, en personas concretas. Buenos y malos. Para salvar el carácter gratuito, entregado y oblativo de la vida religiosa, debe encontrar esa mediación en las personas que forzosamente se encuentran privadas de afecto y de amor, aquellas que de hecho no cuentan con familia ni comunidad que cuide de ellos. Aquellos que no pueden pagar son los que garantizan un amor verdaderamente gratuito y oblativo. No es poca gratificación la que proporciona el servicio pastoral desinteresado a los abandonados y marginados socialmente. Pero aún cuando falta este agradecimiento, la gratuidad del servicio y del amor llena de sentido el celibato.

En este contexto **adquiere toda su significación la tendencia de la vida religiosa a preocuparse y ocuparse de los desheredados y marginados**: los pobres, los huérfanos, los ancianos... Hoy la vida religiosa despierta a la opción por nuevos colectivos que se convierten en verdaderos mediadores del amor universal y del compromiso por una liberación universal. Son los colectivos de los pobres, los marginados, los indígenas, las mujeres, los jóvenes, los ancianos, los emigrantes... Curiosamente aquí se juntan el voto de pobreza y el voto de castidad. La opción por los pobres es la mejor mediación del amor gratuito y universal que implica el celibato. Esta es su dimensión política.

La vida religiosa lleva consigo una experiencia de soledad personal. Es inútil intentar ocultar este hecho. Lo que sí es cierto es que existen diversas formas de vivir esta soledad. Hay una soledad vacía, deshabitada, estéril y destructiva. Es la soledad de quien se aísla de toda relación personal. Hay otra soledad plena y plenificante, que implica una presencia densa en medio de la humanidad. Es la soledad del contemplativo.

Es una “soledad habitada” por una comunión intensa con Dios y con las personas. Amistad personal con Cristo.

N.L. 30

Estas reflexiones conectan la castidad consagrada con la experiencia y la práctica de la comunidad. No es posible una castidad integrada sin la vida comunitaria. Esta es el ámbito normal para su vivencia armónica y alegre. Es necesario también ver nuestra autoformación y crecimiento en vivir esta soledad necesaria y conocer con qué cosas, personas... intentamos llenarla para no afrontar su dificultad y su riqueza.

La nueva familia que se reúne en torno a Jesús es la comunidad de los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica. Está guiada por la palabra de Dios, animada por la fe en Jesús, comprometida en la construcción del Reino, dedicada a mostrar un nuevo modelo de relaciones más fraternas, más justas, más solidarias. Es un discipulado de iguales, que supera toda relación posesiva y dominadora entre sus miembros. El seguimiento de Jesús, es un asunto comunitario. Pero el celibato está proyectado más allá de la propia comunidad de seguidores. La invitación a la vida célibe se encuentra también en el contexto de la misión (Mt 10,37-39).

Esta nueva dimensión contempla, en primer lugar, el aspecto testimonial. El celibato por el Reino es un testimonio del carácter absoluto de los valores del Reino y, al mismo tiempo, del carácter relativo de todos los demás valores: la sexualidad, la afectividad, el amor humano, la comunidad familiar. Pero es también testimonio de una transparencia en el amor, como Dios se ha hecho transparente en el Verbo. Esta transparencia de la castidad es una denuncia frontal a las falsificaciones del amor y de las relaciones interpersonales.

La teología de la vida religiosa se ha referido con frecuencia al **testimonio escatológico de la virginidad y del celibato.** *“Pues cuando resuciten de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo”* (Mc 12,25). Aunque el texto no se refiere al celibato por el Reino, se ha utilizado con frecuencia para presentar la vida célibe como una anticipación de la vida resucitada.

El testimonio escatológico del celibato consiste en afirmar con este estilo de vida el valor absoluto del Reino frente al carácter relativo de otros valores

humanos, que también pueden ser legítimos. Vivido con esa tensión apocalíptica, es una fuente de esperanza y alternativas para un mundo demasiado habituado a lo normal y “razonable” y, por consiguiente, demasiado desencantado y desesperanzado.

En la cultura contemporánea hay una fuerte tendencia a presentar el placer como camino efectivo hacia la felicidad. Una consecuencia no deseada pero real, es el desconocimiento de la dignidad de las personas y la instrumentalización de las mismas como meros objetos de placer y gratificación sensual. La castidad consagrada nunca fue tan incomprendida como ahora, pero nunca fue tan necesaria. **Una religiosa libre, integrada y alegre, es una denuncia** de la erotización de la vida y de la instrumentalización de las personas. No renuncia a todo tipo de placer. Pero es una afirmación de que el placer sexual no es el único que puede dar sentido y plenificar la vida de las personas. Es un testimonio de que es posible llenar la vida de sentido con una relación interpersonal gratuita, con un profundo respeto a la dignidad de todas las personas, con la creación y crecimiento de grupos comunitarios.

El valor testimonial de la virginidad y el celibato implica un ansia incontenible de la venida del Señor y una solidaridad irrenunciable con los abandonados. Está relacionada con un radical sentirse aprehendido por el reino de Dios ya en puertas y por una dedicación sin reservas a este reino.

[Finalmente, no implica sólo la continencia sexual y la renuncia al amor conyugal. Implica también la renuncia a la paternidad y a la maternidad carnal. En ciertas etapas y momentos de la vida este aspecto es tan importante para la persona célibe como la misma continencia sexual y las renunciaciones afectivas. Atraviesa todos los estratos de la personalidad humana, desde el nivel biológico hasta el nivel espiritual, pasando por el amplio campo de la afectividad. También la paternidad y la maternidad necesitan ser sublimadas más que ser reprimidas. La sublimación conduce a nuevos mundos de sentido, a formas alternativas de realización; la represión condena a la neurosis].

La misión tiene un fuerte poder de sublimación. En ella la paternidad y la maternidad quedan compensadas a nivel humano y realizadas a nivel

espiritual. La opción por los que no son amados por nadie y la dedicación a los marginados de los que nadie cuida son una forma de vivir el celibato en clave positiva. Ninguna experiencia tan gratificante a nivel humano y evangélico como ver crecer la vida en las personas y en las comunidades. También la paternidad y la maternidad tienen diversas versiones en la comunidad humana y cristiana. La misión pastoral es una forma de vivirlas en plenitud.

La castidad es un don, un carisma, una gracia. Por consiguiente ha de ser vivida y sustentada desde una experiencia esencialmente teologal. Ser célibe es una forma de experimentar el Reino, de vivir la relación con Dios y con las personas. La dimensión teologal es mucho más exigente y plenificante que cualquier reglamento disciplinar, ascético o moral. Y el horizonte de ser colaboradoras de Jesús en la misión es el objetivo final del compromiso de amor en la vida consagrada (N.L. 27,30).

AFFECTIVIDAD Y COMUNIDAD

Vamos a insistir un poco más en esto:

Como personas consagradas vivimos nuestra afectividad más a la intemperie que los que optan por el matrimonio y por formar una familia. Esto puede ser magnífico para madurar en una mayor libertad de corazón. Pero también tiene un riesgo, porque no podemos vivir sin cariño lo cual hace que nos aferremos donde podamos y a veces, vayamos a buscarlo fuera de la comunidad.

No podemos vivir sin amor. Lo triste sería que no logremos aportarlo y encontrarlo en nuestros ambientes comunitarios. No se logra crear un clima de confianza que permita vivir nuestras relaciones interpersonales dentro y lo buscamos en otros lugares . Existe a veces una red de relaciones ¿congregación?

Muchas veces se busca en la familia que, suponemos se dejó al entrar en la Congregación; o en las vinculaciones que establecemos con otras personas. Muchas de estas relaciones no quebrantan nuestro voto, pero la inmadurez de estas experiencias no nos permiten liberar el corazón para un

amor más amplio en la comunidad y en la misión. Quedamos retenidas, enredadas.

Porque el amor debe ser universal y a la vez concreto, nunca distante. El amor a Dios y al prójimo forman una unidad, no son cosas diferentes.

El amor debe hacernos fértiles. Una de las expresiones más importantes de nuestra afectividad es el deseo de sentirnos útiles, esto no se puede minusvalorar, porque cuando soy útil soy valorado, se me expresa aceptación y afecto, y todos lo necesitamos de alguna manera. La renuncia a la paternidad, a la maternidad parece contrariar la utilidad de la vida en su expresión más espontánea que es darle continuidad. Hay que aprender la verdadera fertilidad. **La lógica del Evangelio en este aspecto es bien distinta:** la virginidad de María, la de Jesús, la oblación afectiva de tantos hombres y mujeres a partir de ellos, ha sido fértil. Hay una productividad del celibato consagrado que resulta innegable, en el orden de las obras, de las instituciones, en la solicitud con los necesitados de asistencia, promoción.

[Productividad en el orden de la significatividad. Hombre y mujeres que no han dado biológicamente vida, pero han dado a otros tantos motivos para vivir con dignidad y esperanza. Productividad en la propia vida de los célibes **“por el fervor de la caridad”** (N.L. 29 & 3), lo que quiere decir acrecentar nuestra capacidad de amar, de entregarnos, de comprometernos.

El amor que está en el corazón de Dios es un amor totalmente fértil, es generador y creador de todo lo que existe. Con lo que luchamos en la castidad no es únicamente con la necesidad de afecto, sino el deseo de crear, de comunicar la vida. Nuestra atención de unos con los otros debe cuidar la creatividad que cada uno posee y que nuestras vidas como Dominicanas, deben poner al servicio del Evangelio.

Puede ser la creatividad que una hermana puede tener para crear comunidad en la parroquia, o para el trabajo intelectual, o la creación de obras de misericordia... Nuestra castidad nunca debe ser estéril].

Pero hemos de tomar conciencia al mismo tiempo de que el voto de castidad lleva consigo determinadas frustraciones a las que tenemos que tener el valor de decir que sí, claramente. El problema de la madurez es la capacidad

de elaborar nuestras frustraciones para saber integrarlas en nuestra vida. También el amor de una madre tiene frustraciones, diferentes de las nuestras, pero las tiene. Cuando se quiere no hay más remedio que tener frustraciones, no se tienen cuando se pasa olímpicamente de todo. Pero no siempre la vida responde a todo lo que yo quiero, y en consecuencia, de cuando en cuando me frustra.

Y además cuando me he propuesto hacer una oblación de cosas que en mi vida son importantes, hay momentos concretos en que uno se siente frustrado, siente una soledad que viene dada por la opción misma de la castidad. Es imprescindible saber orientarla y asumirla. N.L. 30

A pesar de las frustraciones, una entrega confiada es signo de un amor que viene de lo alto y que contraría la concepción del amor entendido como mera complacencia.

Una castidad consagrada bien enfocada puede hacer maravillas con un corazón humano, pero una castidad mal enfocada, nos hace duros de corazón, selectivos de nuestros amigos, posesivos de la gente, duros. Puede hacer estragos en nuestras vidas. Como todo en la Vida Religiosa, bien enfocada, la castidad puede hacer maravillas en nuestras vidas, cuando no es así, puede hacernos las personas más deplorables del mundo. La experiencia nos dice que no es difícil encontrarnos grandes personalidades que han madurado, que saben encajar las frustraciones, que saben darse más allá de lo humanamente razonable, y también con muchas que están lejos de conseguirla.

La calidad de nuestra vida común es un estímulo en los momentos de fragilidad. “Nuestras comunidades han de ser los lugares donde nos demos ánimo cuando el corazón de uno se debilita, perdón cuando alguno falla y veracidad cuando alguno corre el riesgo de engañarse. Ser claras entre nosotras es también una forma de amor”. Hemos de creer en la bondad de nuestros hermanos y hermanas incluso cuando ellos han dejado de creer en sí mismos.

3- LA CASTIDAD APOSTÓLICA

Ahora vamos a destacar algunos aspectos dentro de la castidad. Esta ha de ser apostólica y puede iluminar y orientar nuestra vida

El Señor nos regala su gracia para que seamos sus colaboradoras en la obra de la salvación, -“Dejándolo todo le siguieron”-. Es un desbordamiento de amor. **El celibato o la castidad apostólica forma parte también de la gracia en orden a la misión.** Tiene un valor de signo profético, pues recuerda “el futuro” hacia el que aspira la humanidad. El signo no siempre se entiende. El Reino de Dios ha entrado en el mundo y su fuerza está ya transfigurando la humanidad. Hombres y mujeres de toda latitud han experimentado su seducción y viven ya en el presente su futuro que nos ha sido dado en Cristo. Esta seducción es ya el signo de la presencia del Espíritu.

NL. 27

La castidad apostólica subraya y ahonda la dimensión escatológica de la misión, de la evangelización de los pobres.

¿Cómo podemos matizar la castidad apostólica?

EL APÓSTOL Y LA CASTIDAD DE LA INTELIGENCIA

Hay una manera casta de situarse ante la Palabra de Dios. La razón busca poseer, controlar y dominar. En el fondo usurpa el lugar de Aquel que debe dirigir toda existencia del apóstol. Pedro, ante el anuncio de la pasión por parte del Señor, se sitúa a la manera humana, pues piensa según los hombres y no según Dios. El “razonador” termina siempre en una cierta idolatría, pues se sitúa frente a Dios, como el viejo Adán. Saulo antes de su conversión es símbolo de razonador, del ignorante.

Mc 8, 31-33

“La castidad de la inteligencia” podría caracterizarse por estos rasgos:

- Empieza siempre por escuchar, por acoger la Palabra que viene de Dios. No discute sobre su posibilidad o imposibilidad, pues para Dios no hay nada im-

posible. Tan sólo busca comprender su significado, para llevarlo a cabo, en las condiciones y con los medios que ella propone.

- Ante el desconcierto y la inmensidad de lo que enuncia y anuncia la Palabra, la inteligencia consiente y dice: “Hágase en mi según tu palabra” Es la inteligencia del creyente, del hombre o de la mujer movidos por el Espíritu. Esta es la persona realmente dotada del don de la sabiduría. La persona casta de inteligencia, jamás se constituye en la medida de la verdad. Mientras el razonador dice “esto no puede ser, pues yo no lo comprendo”, el inteligente afirma “amén”, es decir, lo creo así, pues así me lo dice el Verdadero.

- Cuando los acontecimientos, cuando la Palabra nos supera, el creyente “la guarda en su corazón” y espera que la luz brille en la oscuridad para comprenderla. El verdadero orante vive una verdadera castidad, al estilo de los profetas. Sabe que lo que enuncia la Palabra es siempre novedad, que sólo puede vislumbrar su alcance. La persona casta de inteligencia se abre al Maestro interior, al Espíritu de la verdad plena, en el Verbo Encarnado.

- Por otra parte la inteligencia casta hace que el apóstol comunique con sencillez, hondura y solidez la verdad que se le ha comunicado. No pretende ser el único intérprete, sino el que se deja enseñar, para dar testimonio a la verdad y de la verdad.

El carisma de la verdad, pues reclama una gran castidad de inteligencia, pues sólo el Espíritu *nos puede dar a conocer el acontecimiento* y su sentido, tal como se ha manifestado en Cristo. *La predicación de la verdad* también exige esta castidad de la inteligencia, pues *se trata de dejar testimoniar al Espíritu en la persona enviada*. La escucha de los hombres no puede hacerse sin esta castidad hecha de silencio, de humildad, de adoración y de escucha, En el apóstol casto, la escucha tiene prioridad absoluta –La acción y la palabra nacen en él de la escucha-.

- El apóstol no cesa de buscar la sabiduría de Dios, el Misterio mismo de su

persona y de su designio. No lo hace mediante razonamientos complicados, sino que escucha “la palabra de la cruz” y se abre a la acción del Espíritu, pues el único que puede darnos a conocer la intimidad de Dios revelándose en el tiempo y en la historia (Lc 10,22).

- Consiguientemente, la castidad de la inteligencia no busca acumular muchas palabras, ni muchas novedades, sino que acoge “el logos de la cruz”, “la novedad pascual”, y se pone en oración, a fin de que el Espíritu le vaya iluminando, le vaya entregando toda la luz y toda la novedad, que contiene en sí. ¿No lo han hecho vivido así los santos como Sto. Domingo? Su castidad de inteligencia les permitió centrarse en la cruz y dejarse iluminar, para irradiar su luz al mundo entero. Así lo han experimentado los santos, quienes no han hecho más que acoger la Palabra y dejarse transformar o transfigurar por ella.

- La persona casta y humilde acoge la verdad, venga de donde venga, pues se ha desposado con el “Verdadero”. Pero toda verdad proveniente de los hombres tiene un criterio de discernimiento; la Palabra única de Dios. Si hay auténtica castidad de la inteligencia, todo enunciado de la verdad se convertirá en alabanza, en doxología del Verbo encarnado, pues quien está animado por el

Espíritu no dejará de glorificarlo. “Cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. Él **me dará gloria**, porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros” (Jn 16,13-15).

Para concluir este punto. El Hijo y el Espíritu al unísono nos enseñan la castidad de la inteligencia: Recibir y comunicar para dar gloria a Aquel de quien procede toda verdad. La inteligencia no está pasiva, pero su actividad consiste en ponerse al servicio incondicional de la verdad, de la palabra, como nos lo indican estas afirmaciones de Pablo. “Nada podemos contra la verdad, sino sólo a favor de la verdad” (2 Cor 13,8). “Hemos repudiado el callar por vergüenza, no procediendo con astucia, falseando la Palabra de Dios; al 2 Cor 6,7

contrario, mediante la manifestación de la verdad nos recomendamos a nosotros mismos a toda conciencia humana delante de Dios... No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús. Pues el mismo Dios que dijo: “Del seno de las tinieblas brille la luz ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (2 Cor 4,1-6). La inteligencia casta hace a la persona libre, con la libertad misma de la verdad, y la capacita para irradiar el verdadero conocimiento de Jesucristo. El apóstol ha de participar de la “castidad” que destella la verdad de Dios.

CASTIDAD DEL CORAZÓN

Por medio de la castidad conseguimos más eficazmente la purificación del corazón, la libertad de espíritu y el fervor de la caridad que nos facilitan el encuentro con Dios y el diálogo con los demás en un trato maduro, sereno y cordial (N.L. 29,III).

La castidad del corazón está trenzada o entretrejida por una doble dinámica. Por una parte **es apertura** para acoger a los que están cansados y abatidos. Siguiendo al “Maestro manso y humilde de corazón”, invita a los que sufren... No fuerza ni seduce, pero abre sus entrañas a todos, se hace “compasivo” con todos. La castidad dilata el corazón. **En el corazón casto todos tienen cabida, nadie es excluido. Cuando excluimos no somos ya castos.**

Mt 11

La apertura para “acoger” a todos, es apertura para no retener a nadie. El corazón casto del Enviado no retiene junto a él, sino que “reenvía a todos al Padre”. El es la puerta, el camino de acceso para ir al Padre. No lo suplanta, sino que lo afirma continuamente en la misión.

La castidad del corazón supone una pobreza interior grande, supone ofrecerles a todos la posibilidad de que caminen en libertad.

Por otra parte la “castidad del corazón” supone también el presentar la totalidad de la verdad a los pobres, aunque estos nos abandonen y ya no caminen con nosotros, Quien tiene corazón casto se alegra con la libertad y el crecimiento de las personas. No busca “dominar” o “poseer” a nadie sólo

servirlo en la verdad que hace libres.

Esta castidad del corazón supone siempre un cultivo importante. Sólo el Espíritu puede sostener nuestra psicología, para ser puro acceso y camino hacia Cristo y para asumir con decisión la soledad en que puede introducirnos la misión.

LA CASTIDAD DEL CUERPO

La castidad requiere, además, una integración armónica de todo nuestro ser. (Cf. N.L. 31, 1º,2º,3º).

También el cuerpo necesita ser casto, pues, además de estar destinado a ser templo del Espíritu, se nos ha dado para que nos asociemos al sacrificio del Cuerpo de Cristo.

La persona no es solamente interioridad; es también exterioridad. El cuerpo no es “distancia” de otras personas, al tiempo, que es mediación para la “comunicación”. Una exterioridad que no posibilita “distancia” y “comunicación”, denotaría una falta de castidad de nuestra persona en el mundo.

La misión nos obliga a repensar muchas de las maneras de relacionarnos con las otras personas. Revisar nuestra presencia, nuestros gestos, nuestro rostro para el anuncio. Supone todo un estilo de vida sencillo, pobre y modesto, que no busca seducir, sino dar testimonio de una verdad que viene de Dios.

Puesto que estamos presentes en la vida de los demás mediante nuestro cuerpo, no podemos dejarnos de preguntar, cómo nos estamos relacionando con las personas. **Nuestro exterior ha de ser reflejo** de la manera como Jesús entraba en contacto con los hombres y mujeres de su cultura. Su relación no acapara, sino que respeta la autonomía y alteridad del otro. Pero, al mismo tiempo, su delicadeza es ternura, sabe llorar por el amigo y por el pueblo hostil. El cuerpo es el lugar en que se expresa el diálogo del amor, que busca liberar a los demás para la respuesta de una libertad a sus propuestas.

El “cuerpo” tiende a poseer o ser poseído. En la castidad vive una lucha

para encaminar a todos hacia la libertad. ¿Cómo vivimos nuestra exterioridad? Esta implica “comunicación y distancia”.

“La acción apostólica” pasa también por el cuerpo de la persona. El Espíritu la hace casta para que conduzca a todos hasta el Esposo único. El celibato o la virginidad es una manera de vivir la gracia de la castidad, es decir, de nuestra pertenencia y de nuestro servicio tanto a Cristo como a su Esposa la Iglesia. Somos los amigos del Esposo, al tiempo que somos miembros de su única Esposa. La misión, pues, nos configura por dentro y por fuera.

“Esta castidad” de quien no busca ni poseer ni fusionarse o asimilarse con el mundo deberá reflejarse también en el estilo comunitario de vida. La comunidad es más que la suma de individuos. Está llamada a vivir relaciones en su interior y hacia el exterior, que recuerden a todos “la relación casta” de Jesús con su Iglesia, con sus discípulos, con todos aquellos con quienes se encontraba.

Como muchos autores espirituales han notado, el Espíritu es el modelo mismo de la castidad. No cesa de trabajar para llevar a la humanidad al Esposorio con Cristo. Vive y trabaja en la más total discreción. No se le nota. Hace germinar todo y nunca hablará de si mismo. Es la inmanencia misma, pues radica en lo más profundo del ser de la persona, pero permanece siempre como “el santo”, es decir, como el totalmente otro. Es un nosotros, una comunión, pero nunca se fusiona ni busca anular la libertad. Su ser y misión se expresan con libertad en el amor.

III. 4.- LA POBREZA

INTRODUCCIÓN

1- La vida religiosa y el voto de pobreza

Cristo que siendo rico se hizo pobre a fin de enriquecernos con su pobreza, nos ha dejado su Iglesia que peregrina en la esperanza por los caminos de la Encarnación y de la Cruz, que son rutas de pobreza, humildad y servicio. Nosotras, que nos hemos comprometido a marchar en seguimiento de Cristo por su misma senda, debemos también, hacer presente entre los hombres este mensaje (N.L. 33).

Santo Tomás de Aquino afirma tajantemente que “la perfección no consiste esencialmente en la pobreza, sino en el seguimiento de Cristo”. Pero la pobreza evangélica es esencial para el seguimiento radical. Por eso, J. B. Metz se expresa en los siguientes términos: “Me angustia pensar que ya ni siquiera las órdenes parecen saber muy bien qué es lo que quiere decir, con exactitud, y tomado al pie de la letra, el consejo evangélico de la pobreza”.

La vida religiosa nació bajo el signo de la pobreza evangélica. Esta ha conocido diversas formas a lo largo de la historia. El eremitismo enfatizó la pobreza como ascesis individual. La vida cenobítica urgió a la pobreza individual y terminó haciéndola compatible con la riqueza comunitaria. Las órdenes mendicantes fomentaron la pobreza real, individual y comunitaria, y enfatizaron su dimensión apostólica. En los institutos apostólicos se interpretó la pobreza como un servicio asistencial a los pobres. **Hoy se insiste en la pobreza como solidaridad con los pobres.**

Las crisis de pobreza han sido también las crisis más profundas de la vida religiosa. La actual noche oscura tiene mucho que ver con este asunto. El ideal de las seguridades económicas y los hábitos consumistas de la sociedad occidental han hecho mella en la vida religiosa. Esta ha quedado atrapada en las redes del sistema y ha sido víctima de su filosofía y de sus hábitos.

La mayor parte de los problemas que padece hoy la vida religiosa tienen su raíz última en el abandono de la pobreza evangélica. Cuando

esta se resiente, se resienten todos los aspectos de la vida religiosa: la espiritualidad, la comunidad, la misión. Hay que decir, pues, que el desafío prioritario de la vida religiosa hoy es la pobreza evangélica. De la respuesta a este desafío dependerá la nueva fisonomía de la vida religiosa (N.L. 36,1º y 2º).

Otro desafío en relación con la pobreza es recuperar su valor ascético. Influidos por la idea helenística de la perfección, los primeros eremitas acentuaron la dimensión ascética de la pobreza. A pesar de todas las desviaciones, la tradición ascética alberga en su seno hondas lecciones de sabiduría y de realismo. La dimensión ascética del voto de pobreza tiene doble finalidad: fortalecer el espíritu y la voluntad para el seguimiento; resistir y protestar contra una cultura propensa a hacer del tener, de la posesión y del consumo un ideal de vida y la medida del valor de las personas. Ambos objetivos son importantes hoy para la vida religiosa especialmente en los países más prósperos y en los ambientes de mayor bienestar social.

Vivimos en una cultura sensorial. Uno de sus frutos es el debilitamiento de la voluntad. Muchos jóvenes son el fiel reflejo de este fenómeno. No les faltan buenas y generosas intenciones; sin embargo, la voluntad les falla cuando se enfrentan con desafíos exigentes. Muchas Congregaciones están experimentando este fenómeno con las nuevas generaciones. ¿Será necesario retornar a los viejos ejercicios ascéticos para enfrentar esta situación? Si eso significa renegar de la gratuidad y volver a la idolatría de los méritos, no vale la pena. El Reino es gracia; no es el resultado de una voluntad bien entrenada ascéticamente. Pero el Reino se torna exigente para quien lo ha recibido gratuitamente. Pretender hacerlo compatible con una vida lánguida, muelle, permisiva..., es autoengañarse. Una vida de lujo y consumo debilita el espíritu. Un realismo elemental nos obliga a tomar en serio el peso de la carne, la fuerza de la gravedad de la naturaleza humana, la ambigüedad de los instintos... La ascética de la pobreza es necesaria para todo el que quiere tomarse en serio la vida cristiana (N.L.47).

Un aspecto importante de esta dimensión ascética de la pobreza es el trabajo. También este es un problema complejo (N.L. 40, 4º).

La relación pobreza-trabajo se ha tornado hoy especialmente compleja, porque el trabajo es un bien escaso. En algunas partes trabajar equivale a ser pobre, pues se consideran pobres aquellos que viven de un salario y no de las

rentas o de la explotación del capital. En ese contexto la vida religiosa debemos revisar nuestra vida de pobreza ¿Vivimos, como lo hacen los pobres, del trabajo o del trabajo de los demás, de los beneficios adquiridos? Ahora en algún lugar de la jubilación? Mas de una vez se ha acusado a los religiosos de ser “parásitos” en la sociedad. Esta acusación plantea en toda su crudeza la relación entre pobreza y trabajo. Por otra parte, la sensación de no ganar el pan rebaja y humilla a las personas. ¿No estará aquí la raíz del achicamiento humano y los retiros prematuros, frecuentes en las comunidades religiosas?.

En otras partes, el que tiene un trabajo asegurado se considera rico, porque la gran amenaza es el desempleo. Pobre es realmente el que no tiene un empleo ni esperanzas de conseguirlo. En estos ambientes, la relación trabajo-pobreza, debe ser revisada, sobre todo desde la perspectiva testimonial. [En estos ambientes una comunidad de célibes con varios empleos y varios sueldos sería un auténtico lujo y un antitestimonio para familias que se ven obligadas a vivir de un sueldo, si es que lo tienen. ¿No sería aquí un signo de gran valor testimonial renunciar a algunos puestos de trabajo y liberar a miembros de la comunidad para la misión pastoral no remunerada y para el voluntariado?]. Sólo un discernimiento permanente nos ayudará a encontrar las formas de pobreza que puedan ser significativas para nuestros contemporáneos. También el voto de pobreza debe inculturarse. Ver cómo nos vamos formando para el servicio no remunerado y para vivir en pobreza aún necesitando ciertos bienes para la misión.

La dimensión ascética de la pobreza tiene un importante valor testimonial en un mundo que rinde culto a las riquezas y alimenta los hábitos consumistas. La pobreza voluntaria es una protesta contra esa absolutización idolátrica de los bienes materiales; es un testimonio de que el consumismo no es el único camino ni el más acertado hacia la felicidad. Es una resistencia contracultural frente a un sistema mercantilista que todo lo mide y lo pesa, frente a una mentalidad de trueque totalmente ajena a la gratuidad. El sistema procura neutralizar el profetismo de la vida religiosa manteniendo a sus miembros ocupados, colmándolos de beneficios y seguridad, convirtiendo la competencia y la eficacia en virtudes. La pobreza voluntaria es una reacción frente a estos peligros.

El valor testimonial introduce la pobreza evangélica en su dimensión apostólica. La pobreza ha sido siempre un componente esencial de la *vita vere apostolica*. Francisco y Domingo entendieron bien el puesto central de la pobreza en el proyecto apostólico: es la credencial de todo anuncio del Evangelio. **La práctica de la pobreza es esencial para la imitación y el anuncio de Cristo pobre.** El propósito último de la pobreza no es meramente moral, para dar buen ejemplo; es esencialmente teologal y apostólico, para anunciar el evangelio con la vida. Abandonar la pobreza evangélica es desacreditar el ministerio de la evangelización. Este es el sacrilegio del evangelizador (N.L. 35).

Pero todos estos aspectos de la pobreza hunden sus raíces en una dimensión anterior: la dimensión teologal del voto de pobreza. La dimensión disciplinar se presta a muchas trampas y abusos: con permiso todo está permitido y todo es compatible con el voto de pobreza. Una elemental honestidad evangélica descubre enseguida la trampa que aquí se esconde. Por otra parte, la dimensión moral de la pobreza tampoco es suficiente para llenarla de sentido. La renuncia a los bienes materiales no es un camino hacia la perfección moral o una acumulación de méritos para alcanzar la vida eterna. El voto de pobreza adquiere pleno sentido cuando **se convierte en verdadera experiencia teologal**, cuando es el resultado de la experiencia del Reino y la refleja en todos los aspectos de la vida.

El voto de pobreza debe ser el resultado de una experiencia de Dios, de una experiencia de Jesucristo el Siervo. Y, al mismo tiempo, abre el camino hacia una nueva experiencia de Dios. La pobreza espiritual es el rasgo distintivo del resto fiel, de los “pobres de Yavé”. La infancia espiritual es un aspecto central de la pobreza evangélica. La espiritualidad de las bienaventuranzas y de la confianza en la Providencia sólo es posible en un contexto de pobreza. Esas experiencias teologales están esencialmente asociadas a la práctica real de la pobreza. ¿Cuál es el nivel actual de la espiritualidad de las bienaventuranzas y de la fe en la Providencia en la vida religiosa? En situaciones de depauperación absoluta, los campesinos de los Andes son capaces de confesar con toda la sencillez : “Dios no nos puede faltar”. ¿Se acerca algo la espiritualidad actual de nuestra vida religiosa a esa espiritualidad de los verdaderamente pobres?

2- Los pobres en el mundo de hoy

En primer lugar, hemos de tomar cada vez más conciencia de que en nuestro mundo de hoy también encontramos multitudes y muchedumbres de pobres. Que sean los países ricos, pobres, evidentemente hay una diferencia, pero las muchedumbres de pobres existen. Hubo un tiempo en que los pobres eran más o menos resignados, pues la pobreza se veía desde perspectivas cósmicas, como factores de suerte, evidentemente. Por ejemplo, en la agricultura industrializada, hoy podemos hacer frente a años de sequía. En la Edad Media, en Europa, dos o tres años de sequía suponía que el 90 % o más de la población, era pobre automáticamente, y la sequía no la provocaba nadie, sino que eran fenómenos naturales que producían eso, porque como no había almacenes, no se podía hacer frente; no había pantanos, no había toda una serie de cosas.

Todo eso generó la religión de resignación, que todavía perdura mucho entre nosotros. Hoy es un signo. Los pobres no viven ya tan resignados, porque toman conciencia cada vez más de que la pobreza tiene causas históricas, y que el hombre puede transformar y cambiar la situación. En el mundo industrial, habrá momentos difíciles, pero son sobre todo causas históricas y humanas que provocan el empobrecimiento, etc. Y ahí los análisis de Marx nos tienen que recordar que esto es una realidad. **Hoy día tenemos los medios y los recursos para planificar y para organizar de otra forma las cosas**, para crear riqueza y para distribuirla de otra manera, cosa que antes a lo mejor no se tenía, pero en la humanidad hoy eso lo tenemos. **Y, sin embargo, los pobres siguen presentes en esa sociedad.**

¿Cómo ha de comportarse el evangelizador?

- **Practicando la compasión.** Entonces aquí surge la doble cuestión, cómo los evangelizadores, nosotras, hemos de vivir una compasión real con ese pueblo pobre, y cómo en medio de ellos, hemos de afirmar su identidad.

Así fue en Santo Domingo y en el P. Coll. Sus entrañas llenas de misericordia les hicieron fieles seguidores del Señor.

La compasión no es un sentimiento paternalista, la compasión es dejar entrar al otro dentro de nosotros mismos, dentro de nuestro corazón, de nuestras comunidades, de nuestras Congregaciones, de nuestra Iglesia. Dejar entrar todo el sufrimiento de nuestro mundo, justamente, para ser como el Buen Pastor, no para ser manipuladoras, ni gente que grita y protesta en el vacío.

Como educadoras dominicas hemos de preguntarnos:

¿Cómo les damos la palabra que les ayude a caminar? **Jesús instruía y daba de comer**, pero instruía. Muy curioso, la multiplicación de los panes, siempre se usa para decir que hay que dar de comer a la gente; pero en la multiplicación de los panes siempre se empieza por el otro camino, se dice que los instruía ampliamente, hasta tal punto que **después de tres días de instrucción**, se plantea decir, bueno no los vamos a despedir así porque se morirán por el camino, vamos a darles de comer, pero **hay una instrucción, es decir, hay una formación para que caminen**. El P. Coll decía: la instrucción de la divina Palabra.

- **Siendo fiel a su identidad**. Es evidente que los pobres no entiendan siempre. No tenemos que claudicar por eso. No, tenemos que ayudarles a hacerse libres y sabiendo que no todos comprenderán siempre; pero siempre habrá algunos que comprenderán. Y en el mundo de los pobres, nosotras tendremos que estar atentas para mantener nuestra identidad de consagradas, y de Dominicanas de la Anunciata, porque no podemos claudicar de nuestra identidad sin... iba a decir, sin traicionar a los mismos pobres porque ellos necesitan de nuestro carisma, y necesitan que se les dé lo que Dios quiere darles a través nuestro. De ahí que esto suponga una actitud profunda de libertad en medio de los pobres, y que, como en Jesús hoy también, tengamos que mantener un gran esfuerzo para permanecer libres y para ofrecer lo que Dios quiere darles a través nuestro. Para eso tenemos nuestro carisma en la Iglesia. Por eso creo que nos tenemos que situar correctamente desde una identidad, porque si no, o somos lo que somos, o si no pues podemos ser... cualquier cosa. Nuestra identidad es: Dominicanas de la Anunciata.

Jesús nunca, nunca renegó de su identidad, aunque los pobres querían llevarlo a otra identidad. Él permaneció fiel a su identidad filial y a su identidad de siervo.

3- La pobreza apostólica

La pobreza religiosa tiene su raíz en el seguimiento, en la consagración para la misión. Ha de ser una pobreza apostólica.

“La pobreza apostólica” brota de una experiencia intensa de haber sido Amado hasta lo indecible y lo inimaginable. *“En efecto , si hemos perdido el juicio, ha sido por Dios; y si somos sensatos, lo es por vosotros. Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos, para que ya no vivan para si los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”*. Pablo experimentó de manera especial y trató de vivir una comunión radical para participar en el poder de la resurrección. **Ante el conocimiento de Cristo, todo le parece basura**. No sólo los bienes materiales, sino todo lo que hacía su propia identidad y razón de ser. (Su pueblo, su lengua, su raza, su cultura).

2 Cor 8,9
Jn 3
2 Cor 13-15
Gal 2, 19-20
Tes 3, 10

Esta pobreza apostólica está como informada desde dentro por el amor de Dios. En modo alguno se explica por el deseo de realización personal. Ese deseo de realización, tan frecuente por desgracia en la misión, corrompe todo y se opone al desarrollo de esta pobreza. En el amor del Padre que nos entrega a su Unigénito y en Este que se entrega por nosotros en el Espíritu, hemos de “ahondar” el sentido profundo de la consagración en la pobreza. El amor que infunde el Espíritu en nuestros corazones hará gozar siempre ante la libertad y el bien de los otros anteponiéndolos al propio. (Hacer la experiencia de que el amor se hace pobre).

Varias son las dimensiones de esta pobreza que marca la existencia y la acción de Jesús, el Enviado del Padre. Aquí abordamos alguna desde la perspectiva de quien ha sido puesto aparte para el Evangelio, “consagrado” a la misión. Para Jesús la voluntad de Dios, es decir, llevar a cabo su designio constituía su alimento. Ha sido “ungido” –santificado o consagrado- y “enviado” para la misión, que determina toda su existencia. Pablo vive únicamente para la

misión, pues fue llamado para la evangelización de los gentiles, fue “elegido” y “destinado” desde el seno materno, como fuera consagrado el profeta desde antes de su nacimiento. Sto. Domingo, el P. Coll, nuestros más genuinos hermanos han hecho y hacen lo mismo.

Vivir para Cristo y vivir para los otros

Este ejercicio de la pobreza nos dispondrá a una opción preferencial por los pobres a quienes amaremos como signo de presencia de Cristo, ya que su evangelización es señal del advenimiento del Reino (N.L. 41).

Quienes hemos hecho la opción por la pobreza estamos llamadas a vivir esta pobreza del amor.

“*Me amó y se entregó por mí*”. Esta experiencia radical de Pablo conduce al apóstol a “vivir para Cristo”, es decir a su servicio, sirviendo a la comunidad (cf. Hch 20,18-24). El “amor” descentra siempre de uno mismo. La experiencia del amor nos lleva a vivir en la misma lógica del amor.

El “apóstol” auténtico sabe que “seguir a Jesús” es vivir en comunión con su amor de Buen Pastor (Jn 21). Pedro ama a Jesús y recibe un doble mandato: “*apacienta mis corderos, mis ovejas*”. “*Sígueme*”. Al mismo tiempo se le recuerda que otro lo ceñirá y lo conducirá donde no quiera. Vivir para Cristo es entrar en su mismo amor que le llevó a “despojarse” de su propia vida y entregarnos a su Espíritu, para que compartamos su herencia (cf. Jn 10,17-19). “*De rico que era se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza*” (2 Cor 8,9). Hemos conocido la generosidad de Dios y hemos seguido su camino; hacerse pobre, para enriquecer a todos. **Amor y pobreza se postulan mutuamente** (N.L. 33).

La pobreza apostólica nace en el amor y se desarrolla en el servicio (Jn 13,1-20); se expresa en hacerse el último, el esclavo de todos. Jesús, después de invitar a los suyos a seguirle en el servicio, les dice: “*Sabiendo esto, seréis dichosos si lo cumplís*”. **La pobreza apostólica es fuente de alegría**, es manera de asumir en profundidad la elección de Dios. Pablo escribía a los Corintios que estaban en búsqueda de liderazgo y de poder: “*Porque pienso que a nosotros los apóstoles, Dios nos ha asignado el último*

lugar, como condenados a muerte, puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Nosotros necios por seguir a Cristo... Débiles nosotros... mas nosotros despreciados. Hasta el presente, pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos” (I Cor 4,1-13). El apóstol ha venido a ser como la *“basura del mundo y el deshecho de todos”* (cf 2 Cor 4,7-5,10). Pero este camino de expolio, de “alienación”, lo ve en función de enriquecer a todos. He aquí como se expresa en tanto que ministro del Dios que ha reconciliado consigo a la humanidad mediante la sangre de su Unigénito: *“... como pobres, aunque enriquecemos a muchos, como quienes nada tienen, aunque todo lo poseemos”* (2 Cor 5,11-6,10).

La pobreza apostólica nace del amor, es vida como comunión, solidaridad y servicio; y tiene como finalidad contribuir a la edificación y al enriquecimiento de todos. Se inscribe en aquel amor cuya fuente es el Padre, que se revela en acción en la Pascua del Hijo y se derrama en nuestros corazones por el Espíritu que nos ha sido dado. La raíz de la pobreza evangélica y apostólica es trinitaria, es expresión de que poseemos la unción del Espíritu.

La suerte de Jesús será la suerte de la persona apostólica, su seguidora, puesto que es enviada para que le “haga presente” en su condición histórica de revelador y Salvador.

La pobreza apostólica conlleva siempre el asumir la insignificancia y la debilidad misma del siervo (2 Cor 13). Dios quiere revelarse en la flaqueza del enviado (cf. 2 Cor 11,30-12,10). Este participa en “paradoja” del amor divino, que es poder de abajamiento y de servicio (1 Tes 2,1-12). No se trata de someterse a los hombres ni de agradecerlos, sino de ser libres para amarlos hasta el final. “La pobreza apostólica” es libertad radical para amar hasta el extremo.

Aquí tenemos una clara perspectiva de lo que debe ser el dinamismo de la pobreza apostólica y también los criterios para todo discernimiento.

Sufrimiento, fecundidad y alegría

Por nuestra consagración religiosa quedamos asociados de un modo especial a la obra de la Redención. Por eso, se nos exige más que a los otros fieles renunciar a nosotras mismas, tomar la Cruz y llevar en el cuerpo y en el alma la mortificación de Cristo y, al mismo tiempo, ser testimonio de la relación misteriosa que existe entre la renuncia y la alegría, entre la disciplina y la libertad espiritual (cf N.L. 47,I y II).

Tenemos que ahondar en las raíces de la pobreza. El pobre aún a suya sufrimiento y fecundidad. Una pobreza que no nos llevara a sufrir ¿...? Jesús nos asocia al alumbramiento de un mundo nuevo. (cf. 1 P 4,12-19; Col 1,24 ss).

El apóstol no añora los éxitos y resultados espectaculares. Quienes producen frutos abundantes y perennes saben que su fruto depende de su comunión con Cristo y de su docilidad al Espíritu. **Cada uno ha de producir el fruto para el que Dios le ha destinado.** No puede aspirar a cosas grandiosas, sino que ha de caminar pobre y humilde ante Dios y ante los hombres (cf. Jn 4).

La fecundidad del Enviado del Padre es la del grano de trigo, de la Palabra que cae en tierra, de los hijos del Reino (Jn 12,24). Una fecundidad que exige la muerte para dar la vida, los dolores de parto para alumbrar el hombre nuevo, la vida nueva, el apóstol los comparte con la creación entera (Jn 16,21-22). Fecundidad que no tiene, por tanto, nada que ver con la gloria vana de este mundo. La pobreza apostólica supone enterrarse en un mundo, en una tierra y cultura, *sabiendo esperar contra toda esperanza (Rm 8)*. Esta pobreza exige que se cultive la psicología para el silencio de las noches de otoño y del invierno (Gal 4,14). La Palabra germina y crece en el corazón de los hombres en medio de la noche y del día, de la alegría y de las pruebas, del verano y del invierno. El fruto madura con el tiempo. Nada se produce de manera espontánea, pues Dios reclama la colaboración de la libertad humana. La pobreza apostólica se vive en la espera paciente y gozosa.

El gozo del apóstol reside en el hecho de saber que su sufrimiento es una manera de estar asociado al trabajo del Mesías pobre, que ha venido a liberar a los pobres (cf. Fil 1,12-30; 2,12-18).

Compartir la vida de los pobres

La pobreza nos impulsa a compartir con nuestros hermanos los bienes que hemos recibido, y a poner a su servicio nuestros recursos humanos, nuestras energías, nuestra amistad, nuestra fe (N.L. 36, 4º).

¿Sabemos cuál es la suerte de los pobres? A los pobres los rechazan y los echan a la periferia, no los ponen en el centro de nadie. Hemos de ver si compartimos su vida y su suerte. Hemos de revisar nuestra vida práctica a la luz de Cristo.

Dios viene en persona a salvar a los hombres. El Verbo, en efecto, nace pobre en un pesebre, avanza sin tener donde reclinar su cabeza, muere entre los malditos y como un maldito. Lo acusan de blasfemo y de sedicioso, pues se pretende Hijo de Dios y Rey del mundo. Jesús ha compartido la suerte y la vida de los pobres, *haciéndose en todo semejante a los hombres menos en el pecado*. La pobreza es solidaridad y capacidad de interiorizar en el propio corazón la suerte de los excluidos, cualquiera que sea su exclusión o pobreza.

El amor a los hombres hace que el Enviado vaya siempre tras la oveja más débil, la excluida y la descarriada. Abandona “todas sus seguridades” –no sólo las económicas, sino también las culturales y religiosas-, para avanzar a la intemperie hacia los que viven al margen de la salvación. Sin esta aventura arriesgada de estar siempre en camino hacia el que está lejos, sin esta solidaridad con todos los que sufren, la pobreza apostólica se vivirá de forma mutilada. La vida de los excluidos, de los marginados y errantes, no es confortable, como tampoco la del Enviado a las encrucijadas de los caminos para convocarlos al banquete del Reino. Esta pobreza no se puede “codificar”, es decir, no se puede prever hacia donde nos conduce. (Vete donde te mostraré...).

Todas las “seguridades” se pierden y se entregan para entrar en aquella libertad que encuentra su cimiento inamovible y su resorte en el Señor: El apóstol pobre no tiene otro apoyo que Dios, así vive “el sólo Dios basta” de Teresa y de los místicos. La pobreza apostólica conduce a la mística apostólica.

El apóstol sabe abundar y escasear como San Pablo. La suerte de los sujetos de su evangelización se convierte en su propia suerte. Sabe esperar la obra de Dios en el corazón de los hombres: *“Me alegré mucho en el Señor de que ya al fin hayan florecido vuestros buenos sentimientos para conmigo, ya los teníais, sólo que os faltaba ocasión de manifestarlos. No lo digo movido por la necesidad, pues he aprendido a contentarme con lo que tengo. Se andar escaso y sobrado. Estoy avezado a todo y en todo: a la necesidad y al hambre; a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en Aquel que me conforta... Tengo cuanto necesito y me sobra... y Dios proveerá a todas vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza, en Cristo Jesús...”* (Fil 4,10-20). El “servidor” ha de compartir la suerte de sus “Señores”. He ahí la perspectiva de una correcta pobreza apostólica. La comunión con su experiencia profunda, más allá de todas las apariencias.

¿Hacerse pobre con los pobres?

Acabamos de ver el aspecto más externo. Ahora nos fijamos en una dimensión con frecuencia olvidada. El apóstol es consciente de su indigencia más radical, pues comparte la misma carne de pecado que los pobres. También nosotras necesitamos ser salvadas. Tenemos una profunda pobreza y limitaciones y somos pecadoras.

Por una parte vive la lucidez de la fe, pues la gracia de Dios se ha hecho presente en su vida. *“Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo, el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter así todas las cosas”* (Fil 3, 20-21). El apóstol sabe que ha sido salvado en esperanza, que comparte los gemidos de una creación en espera de ser liberada. Cuenta con las primicias del Espíritu. *“Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones”* (2 Cor 1, 21-22). Estamos en la lucidez de la fe, el pobre se sabe agraciado por Dios. El apóstol comparte así la esperanza de los pobres, tal como María la canta, pues ha hecho la experiencia de que Dios ha mirado la humillación de su

esclava.

Pero por otra parte el apóstol experimenta el combate, el desgarrón interno. No hace el bien que quiere, ni está en su poder hacerlo: *“Sabemos en efecto, que la ley es espiritual, más yo soy de carne, vendido al poder del pecado...¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte? ¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, más con la carne, a la ley del pecado”* (Rm 7,14-25). Esta experiencia de pobreza radical, de indigencia total de salvación vuelve al apóstol “compasivo”, como lo fuera el Hijo de Dios al asumir la debilidad de la carne. La pobreza apostólica es “solidaridad” y “com-pasión”.

El amor nos ha de llevar hasta el corazón mismo de la vida de los pobres y de su experiencia. Nos llevará a vivir preocupados por la suerte de todos, por la suerte de las comunidades.

Desde esta experiencia de indigencia radical, se entiende mejor la solidaridad que teje con **todos los hombres una verdadera oración apostólica.**

Después de enumerar los diferentes riesgos corridos, Pablo añade: *“Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria; la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze? Si hay que gloriarse, en mi flaqueza me gloriaré”* (cf. 2 Cor 11,22-27 y ss).

La comunidad apostólica no puede situarse por encima de las demás. Su sacramentalidad, la conciencia que tiene de sí misma le lleva a reconocer que cuanto es en el mundo... lo debe al Espíritu de Dios. La pobreza apostólica nos lleva de nuevo a la dinámica de la pobreza de Jesús: *“De rico que era, se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza”*. Marca así el ser del hombre de carne, radicalmente indigente de la salvación de Dios.

EL PROFETISMO DE LA VIDA CONSAGRADA

Los padres sinodales han destacado el carácter profético de la vida consagrada, como *una forma de especial participación en la función profética de Cristo*, comunicada por el Espíritu Santo a todo el pueblo de Dios. Es un profetismo inherente a la vida consagrada en cuanto tal, por el radical seguimiento de Jesús y la consiguiente entrega a la misión que la caracteriza. La función de signo, que el Concilio Vaticano II reconoce a la vida consagrada, se manifiesta en el testimonio profético de la primacía de Dios y de los valores evangélicos en la vida cristiana. En virtud de esta primacía no se puede anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres en los que EL vive.

El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del Reino de Dios.

En nuestro mundo, en el que parece haberse perdido el rastro de Dios, es urgente un audaz testimonio profético por parte de las personas consagradas. Un testimonio ante todo de la afirmación de *la primacía de Dios y de los bienes futuros*, como se desprende del seguimiento y de la imitación de Cristo casto, pobre y obediente, totalmente entregado a la gloria del Padre y al amor de los hermanos. La misma *vida fraterna* es un acto profético, en una sociedad en la que se esconde un profundo anhelo de fraternidad sin fronteras.

Una especial fuerza persuasiva de la profecía deriva de *la coherencia entre anuncio y vida*. Las personas consagradas serán fieles a su misión en la Iglesia y en el mundo en la medida que sean capaces de hacer una examen continuo de sí mismas a la luz de la Palabra de Dios.

El cometido profético de la vida consagrada surge de **tres desafíos principales** dirigidos a la Iglesia misma: son desafíos de siempre. Que la sociedad contemporánea, lanza con formas nuevas y tal vez más radicales. Atañen directamente a los consejos evangélicos de castidad, pobreza y

obediencia, y alientan a la iglesia y especialmente a las personas consagradas a clarificar y dar testimonio de su profundo significado antropológico.

a) El reto de la castidad consagrada

La primera **provocación** proviene de una **cultura edonísta** que deslinda la sexualidad de cualquier norma moral objetiva, reduciéndola frecuentemente a mero juego y objeto de consumo fomentada por los medios de comunicación. Sus consecuencias son: prevaricación de todo tipo, a las que siguen innumerables daños psíquicos y morales para los individuos y familias. La **respuesta** de la vida consagrada consiste en **la práctica gozosa de la castidad perfecta**, como testimonio de la fuerza del amor de Dios en la fragilidad de la condición humana. La persona consagrada manifiesta que lo que muchos creen imposible es posible y verdaderamente liberador con la gracia del señor Jesús. Este testimonio es necesario hoy más que nunca, porque es algo casi incomprensible en nuestro mundo. Se ofrece a cada persona para manifestar la fuerza del amor de Dios que puede obrar grandes cosas. Es necesario que la vida consagrada presente al mundo ejemplos de una castidad vivida por hombres y mujeres que demuestren equilibrio, dominio de sí mismos, iniciativa, gozo, madurez psicológica y afectiva.

b) El reto de la pobreza

Otra **provocación** está hoy representada por **un materialismo ávido de poseer**, desinteresado de las exigencias y los sufrimientos de los más débiles y carente de cualquier consideración por el mismo equilibrio de los recursos de la naturaleza. La **respuesta** de la vida consagrada está en la **profesión de la pobreza evangélica** vivida de maneras diversas y acompañada por un compromiso en la promoción de la solidaridad y de la caridad. Antes de ser un servicio a los pobres, la pobreza evangélica es un valor en sí misma, en cuanto evoca la primera de las Bienaventuranzas en la imitación de Cristo pobre. Su primer significado, consiste en dar testimonio de Dios como la verdadera riqueza del corazón humano. Justamente por esto, contesta enérgicamente la idolatría del dinero,

presentándose como voz profética en una sociedad que , en tantas zonas del mundo del bienestar, corre el peligro de perder el sentido de la medida y significado de las cosas.. Por este motivo, esta voz atrae la atención de aquellos que, conscientes de los limitados recursos de nuestro planeta, propugnan el respeto y la defensa de la naturaleza creada mediante la reducción del consumo, la sobriedad y una obligada moderación de los propios apetitos.

Se pide a las personas consagradas, un nuevo y decidido *testimonio evangélico de abnegación y de sobriedad, un estilo de vida fraterna inspirado en criterios de sencillez y de hospitalidad*, para que sean así un ejemplo también para todos los que permanecen indiferentes ante las necesidades del prójimo. Este testimonio acompañará el *amor preferencial por los pobres*, y se manifestará de manera especial *en el compartir las condiciones de vida de los más desheredados*, compartiendo y participando de sus sufrimientos, problemas y peligros..

c) El reto de la libertad en la obediencia

La tercera **provocación** proviene de aquellas **concepciones de libertad** que, prescinden de su relación constitutiva con la verdad y la norma moral. La cultura de la libertad esta íntimamente unido al respeto de la persona humana. Pero, ¿cómo no ver las terribles consecuencias de injusticias, de violencia a las que conduce, en la vida de las personas y de los pueblos el uso deformado de la libertad?.

Una **respuesta** eficaz a esta situación es **la obediencia** que caracteriza la vida consagrada. Esta hace presente de modo vivo la obediencia de Cristo al Padre y, basándose en este misterio, testimonia que no hay contradicción entre obediencia y libertad. La actitud del hijo desvela el misterio de la libertad humana como camino de obediencia a la voluntad del Padre, y el misterio de obediencia como camino para lograr la verdadera libertad. Esto es lo que quiere expresar la persona consagrada con este voto, con el cual pretende atestiguar la conciencia de una relación de filiación, que desea asumir la voluntad paterna como alimento cotidiano. (cf Jn 4,34).

Este testimonio de las personas consagradas tiene un significado particular en la vida religiosa por **la dimensión comunitaria** que la caracteriza. La vida fraterna es el lugar privilegiado para discernir, buscar juntos y acoger la voluntad de Dios en unión de espíritu y de corazón. La obediencia vivificada por la caridad, une a los miembros de un Instituto en un mismo testimonio y en una misma misión, aun respetando la propia individualidad, y la diversidad de dones. En la fraternidad animada por el Espíritu, cada uno entabla con el otro un diálogo precioso para descubrir la voluntad del Padre, y todos reconocen en quien preside la expresión de la paternidad de Dios y el ejercicio de la autoridad recibida de Él, al servicio del discernimiento y de la comunión.

La vida de comunidad es además, signo, ante la Iglesia y la sociedad, del vínculo que surge de la misma llamada y de la voluntad común de obedecerla, por encima de cualquier diversidad de raza, origen, lengua, cultura. Contra el espíritu de discordia y división, la autoridad y la obediencia brillan como un signo de única paternidad que procede de Dios, de la fraternidad nacida del espíritu, y de la libertad interior de quien se fía de Dios a pesar de los límites humanos de los que lo representan. Además quien obedece tiene la garantía de estar en misión, siguiendo al Señor y no buscando los propios deseos o expectativas.

d) *Un decidido compromiso de vida espiritual*

Una de las preocupaciones manifestadas en el Sínodo ha sido el que la vida consagrada *se nutra en las fuentes de una sólida y profunda espiritualidad*. Se trata de una exigencia prioritaria radicada en la esencia misma de la vida consagrada, desde el momento que, como cualquier bautizado pero por motivos aún más apremiantes, quien profesa los consejos evangélicos está obligado a aspirar con todas sus fuerzas a la perfección de la caridad.

Aspirad a la santidad: este es en síntesis el programa de toda vida consagrada, también en la perspectiva de su renovación en los umbrales del tercer milenio. Un programa que debe empezar dejando todo por Cristo (cf. Mt 4, 18-22; 19, 21-17; Lc 5, 11), anteponiéndolo a cualquier otra cosa para poder participar plenamente en su misterio pascual.

6.- HACIA LO MÁS ESENCIAL (parte que estaba en el tema de la consagración religiosa)

Sobre todas las formas de vida consagrada, reconocidas por el derecho, sigue pesando todavía un excesivo juridicismo, que ahoga a veces los mejores impulsos del Espíritu. Por eso, resulta urgente volver a la más genuina *sencillez* y simplificación *evangélica*, liberados de tantas ataduras legales. Es cierto que no se puede caer en la anarquía, suprimiendo toda norma y dejándolo todo a la iniciativa personal. Sería olvidar el régimen sacramental en el que estamos viviendo y nuestra misma condición social, y caer en un espiritualismo desencarnado e irreal. Pero tampoco se puede vivir en la complejidad y en la complicación en que han caído todas las instituciones. La vida religiosa, por ser esencialmente carismática, tiene que destacar en la Iglesia esta dimensión, viviendo de forma vibrante y significativa las notas características del verdadero carisma: la *espontaneidad* creadora, el *vigor* y la *fortaleza*, la *audacia* en las iniciativas, la *docilidad* activa al Espíritu, la recta *autonomía* y *libertad* frente a todo legalismo, cierto tono de *novedad*, de *originalidad*, de *entusiasmo* y de *juventud* de espíritu, notable capacidad de *adaptación* y de *flexibilidad*, *empuje* vital y *arranque* apostólico. En la vida religiosa tienen que predominar los criterios sobre las normas; las actitudes, sobre los actos; la disponibilidad abierta, sobre el mero cumplimiento exacto de leyes y reglamentos.

En esta línea de simplificación –no reduccionista, sino esencial-, que hace concentrar las energías sobre lo verdaderamente sustantivo para vivirlo todo desde un centro ordenador de la existencia, están brotando ya algunas formas de vida evangélica con la mínima dosis de elementos jurídicos. En ella, la espontaneidad creadora de que hablábamos antes, se convierte en ley de vida, dentro del más sincero compromiso –ratificado con voto- de *fraternidad*.

La *vida comunitaria* es el núcleo esencial de estas nuevas formas de vida consagrada y, por tanto, el objeto primario de los votos. Desde ella se vive la virginidad, la pobreza y la obediencia en configuración progresiva con Cristo-virgen-pobre-obediente, con un contenido marcadamente teologal, sin las sutiles distinciones de los juristas entre materia de voto y de virtud, y abarcando con ellas la persona en su totalidad y de manera definitiva. En este contexto, la

virginidad es amor inmediato y total a Dios y a cada persona, que funda una fraternidad universal, humana y divina a la vez. La *pobreza* es esperanza teologal, puesta en común de todo lo que se es y de lo que se tiene, y pura disponibilidad de uno mismo y de los valores humanos y sobrenaturales para el bien de los demás. La *obediencia* es corresponsabilidad a todos los niveles y tiene como objeto todo el proyecto evangélico de la vida, y es filial sumisión al querer de Dios, expresado a través de mediaciones humanas, principalmente a través de la misma comunidad.

Los votos, como actos de las virtudes teologales, se hacen únicamente a Dios; pero los hermanos de la comunidad se convierten en testigos e intérpretes de los mismos, incluso cuando alguien pida dispensa de ellos. Para esta forma de vida consagrada no se requiere una explícita aprobación de la jerarquía, ya que tampoco quiere identificarse con ninguna de las hoy admitidas por el derecho. Pero es realmente signo comunitario -eclesial- del Reino de los cielos. Y quizás ejerza una fuerte atracción sobre muchos jóvenes que hoy sienten la llamada del Espíritu y que no encuentran una institución que responda cabalmente a sus anhelos interiores. Por otra parte, es posible también que, en esta forma de vida evangélica, encuentren todavía la realización de sus mejores aspiraciones algunos religiosos y religiosas que han perdido ya el entusiasmo, decepcionados por la manera de entender y de vivir, en sus respectivas congregaciones, la consagración y la vida comunitaria, agobiados –y casi ahogados- por tantas tradiciones, leyes, costumbres y reglamentaciones y por un tono de pesadumbre y de mediocridad que envuelve mortecinamente la vida.

La dimensión apostólica de este modo de vida reside, sobre todo, en la misma vivencia de la fraternidad y en el sentido teologal de la consagración y de los votos, y en la destacada importancia práctica que se reconoce a la oración. Las actividades pueden ser muy diversas, según la aptitud y preparación de cada uno, y no serán consideradas como un elemento esencial del propio carisma.

La *consagración* religiosa, realizada por Dios mediante el compromiso libre y definitivo del cristiano de vivir en estado de virginidad, de pobreza, de

obediencia y de fraternidad, se expresa en *oración* –vida y experiencia de fe, de cara a Dios-, en *amor fraterno* –vida de familia y comunión, de cara a los hermanos- y en *servicio apostólico* –vida apostólica, de cara a la Iglesia entera-. La *oración*, personal y comunitaria, la *fraternidad* y el *apostolado* son la misma consagración en ejercicio: expresan su sentido dinámico.